

"El hombre que crece"

Z
13135 7, 332 (1912)

FAROLA

EL LIMPIADOR DOMÉSTICO
EL MEJOR Y MÁS ECONÓMICO

LIMPIA y da BRILLO
a toda clase de UTENSILIOS y VASIJAS de COCINA, CUBIERTOS, LAVATORIOS, BAÑADERAS, VIDRIOS, MOSAICOS, MÁRMOL, cualquier OBJETO de METAL, etc.



NO CONTIENE ÁCIDOS NI SUBSTANCIAS CÁUSTICAS.

—

NO DAÑA NI ENROJECE NI PONE ÁSPERAS LAS MANOS.

—

USANDO **FAROLA** no se necesita JABON ni Agua Caliente ni raspar el fondo de las OLLAS con cuchillo o cepillo de acero.

PÍDALO a su ALMACENERO
o a las CASAS del RAMO donde se surte.
SI ELLOS NO LO TIENEN AVÍSENOS

FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA S.A.

ADMINISTRACIÓN GENERAL: RECONQUISTA 314 - Unión Telef. 5215 al 19

LOCAL de VENTAS y EXPOSICIÓN: Av. DE MAYO 666 - U. Tel. 381, Av. - C. Tel. 1740, Central

BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año VII — Buenos Aires 3 de septiembre de 1918 — Núm. 332

Restricción de la soberanía de las naciones para asegurar la paz

Nuestro deber inmediato es vencer en esta guerra.

Desde los días de la batalla del Marne jamás los desastres han sido más terribles, la perspectiva más sombría.

Mientras más recios sean los desastres, más obscura la perspectiva, el deber se hace más imperativo.

Hemos tomado parte en el conflicto porque no era posible retraernos más largo tiempo y conservar la propia dignidad. Hemos atravesado los mares para hacer frente a un monstruo que amenazaba atacarnos más tarde en nuestro propio hogar. Estamos en la contienda para desterrar del mundo el Terror que asesina, que pervierte, que viola, que no conoce el honor ni tiene compasión; pero estamos asimismo en el combate para que el mundo jamás se vea en guerra nuevamente por razones semejantes. Si queremos que el mundo sea morada adecuada para hombres civilizados, si queremos que sea lugar donde florezcan la esperanza y la ambición, el desinterés y el amor por sus semejantes, necesitamos vencer en esta guerra, y luego hacer eficaz la victoria por medio de un cambio fundamental en las relaciones de los estados democráticos.

Con la victoria presenciaremos una crisis sin precedente de la cual nacerá un nuevo mundo, un mundo maravilloso digno del precio terrible que habrá costado.

En tal crisis, luchando contra este renacimiento, aparecerán las fuerzas perniciosas de la inercia, la influencia paralizadora de antiguos prejuicios y temores, y la tendencia natural al restablecimiento de las condiciones primitvas.

''El restablecimiento del ''statuo quo'' entre las democracias del globo después que Alemania haya sido aplastada, significaría el fracaso''; y significaría el fracaso no sólo porque el viejo mundo se encontrará entonces en bancarrota financiera y destrozado moralmente, sino porque jamás podría brotar un mundo nuevo bajo las condiciones anteriores.

Al estallar esta guerra nos hallábamos absolutamente desprevenidos para cumplir nuestro deber. No debemos encontrarnos también desprevenidos cuando se trate de afrontar la crisis que se producirá después de la guerra.

Un programa comprensivo para la época posterior a la guerra, meditado de antemano y aceptado en principio por las potencias aliadas, es casi tan importante como la victoria misma.

Es necesario destruir el terror alemán, pero esto no refleja por entero nuestros propósitos. De no alterarse las condiciones que produjeron el terror, darán vida más tarde posiblemente a situación todavía más terrible. No solamente estamos en la lucha para deshacer o cambiar a Alemania, sino para cambiar de tal manera los fundamentos de la civilización que no sea posible alimentar en adelante, ni siquiera a medias, los ideales que han hecho de Alemania el monstruo que se ha revelado ante el mundo.

Ni anglosajones ni latinos, ni japoneses ni eslavos pueden comprender el salvajismo empedernido, insensible y brutal de Alemania. El caos, el trastorno de las relaciones internacionales pueden explicar y excusar en cierto modo la actitud de Alemania, pero no explican ni excusan los crímenes monstruosos que, comenzando con la violación de su propio honor, han marcado horrores crecientes en el consejo del embajador Luxburg de hundir los buques de naciones amigas siempre que no quedara rastro de la hazaña.

La única respuesta a hechos tan inhumanos puede ponerse en boca de los cañones y ametralladoras: no es posible hallar otra más eficaz.

Pero existe otra faz del problema que se definirá muy pronto, lo esperamos. La mayoría de los pueblos del globo no padece la insania del egoísmo ni la embriaguez de la codicia del poder. La mayoría de los pueblos es hoy genuinamente democrática, no solamente en su forma de gobierno sino democrática en sus simpatías, en la voluntad de conceder a los demás los privilegios que reclama para sí. Esta mayoría estaba desorganizada cuando estalló la guerra; más aún, estaba organizada en forma de provocarla. Era democrática dentro de las fronteras de las entidades cívicas llamadas repúblicas pero era autocrática en sus relaciones entre aquellas mismas unidades. Tales relaciones necesitan cambiarse, reorganizarse. Esta reorganización comprenderá a Alemania si se descubre entonces que la palabra de un alemán de Alemania tiene algún valor, si se descubre entonces que Alemania ha adquirido conciencia como nación; de otra manera el estado alemán continuará siendo el paria de hoy en medio de los demás pueblos del universo.

Aparte del salvajismo incomprensible que Alemania ha demostrado, nada puede verse de ilógico o inconsecuente en su actitud de soberanía sobre las demás naciones, dadas las leyes que gobiernan actualmente la existencia nacional. Es posible observar, por el contrario, hasta qué punto la doctrina de soberanía incondicional que formaba y forma todavía la base de las relaciones mundiales, ha tendido y tiende a desarrollar la asombrosa brutalidad del pueblo alemán.

Cada una de las grandes soberanías asume que no es ni debe ser gobernada por otro estado y que, en último análisis, cada una de ellas debe formular la ley. Este sistema es el retroceso al instinto primario. Ha creado en este pequeño mundo tantas autoridades supremas como grandes soberanías. Ha erigido barreras impenetrables, llamadas fronteras, entre los hijos de los hombres. Ha hecho de la civilización un almacén de pólvora. El primero de agosto de 1914 voló el almacén.

Habiendo sido éste el método de soberanía incondicional antes de la guerra, y tales sus frutos, ¿qué sucederá si continúa sin modificarse después de la contienda?

Se repetirán las guerras una y otra vez, terminando por el supremo dominio de una gran potencia militar.

Era tan cierto como la ley de gravitación que pronto o tarde las soberanías lucharían entre sí y que sólo la más fuerte podría subsistir. El cambio violento en las relaciones de las potencias que siguió a las maravillas del vapor y de la electricidad no hizo sino apresurar el día de la lucha y acrecentar sus horrores. Era lógico—¿y quién se atrevería hoy a decir que no era necesario?—que cada potencia se preparase para tal día. A decir verdad, todas las potencias se prepararon, con excepción de nosotros. Sólo que Alemania vió algo más claramente que las otras o comprendió con mayor acritud lo que significaba la situación y se preparó en consecuencia. Era lógico, aunque enteramente inmoral, que cualquiera potencia edificara sobre esta convicción la mentira de su superioridad como lo hizo Alemania. La soberanía, sin criterio moral pero con lógica perfecta, podía argüir como lo hizo Alemania:

Estas condiciones significan guerra sin escapatoria alguna;

Tan sólo una gran potencia sobrevivirá en última instancia;

La potencia que subsista será la que tenga la voluntad de subsistir;

Esta voluntad es don divino, originado en los planes del Creador; por consiguiente,

Alemania, que posee esta voluntad, es la elegida por Dios para gobernar el mundo; y en consecuencia,

Es nuestro deber, para someternos a las disposiciones divinas, no solamente prepararnos por todos los medios posibles sino espiar a las demás soberanías en tiempo de paz, debilitarlas por todos los procedimientos imaginables, cohechar a sus empleados públicos, sobornar a sus generales, comprar sus periódicos, pervertir la opinión pública,

Más aún; es nuestro deber para conformarnos a la voluntad divina, asestar el golpe cuando nos encontremos mejor preparados y el resto del mundo esté desprevenido para la defensa; y

Debiendo ser ésta una lucha suprema, destinada a establecer los propósitos divinos sobre la tierra, no vacilaremos ante nada, adoptando como lema para cada acto aterrorizador: ''El fin justificará los medios''.

En la doctrina de soberanía, excepto cuando se amolde a los principios de la democracia, hay tanta moralidad como en la ley de la selva.

La lógica de Alemania se deriva de la moralidad de esta doctrina; y en consecuencia, siempre bajo la presión de Alemania, y durante varios años antes de que estallara la guerra, hemos tendido constantemente a aumentar los armamentos de mar y tierra, el llamado ''equilibrio europeo'' y el caos internacional de 1914. En este caos Alemania creyó llegada su oportunidad. Sabía que se encontraba preparada. Sus espías le anunciaban que Francia se hallaba desprevenida. Sabía que el gobierno de Rusia estaba podrido, que podía cohechar a sus gobernantes, sobornar a sus generales y desviar la opinión pública. Creía que la Gran Bretaña estaba en decadencia y no se arriesgaría en ninguna empresa quijotesca. Asumió que Italia continuaría en el ''Dreibund''. Esperaba que nosotros nos mezclaríamos sólo después que hubiera sojuzgado a Europa. Parecía que había llegado la hora. Y así hubiera sido sin el alma gloriosa de Bélgica, el incomparable valor de Francia, y aquella gris, austera y silenciosa línea de barcos que se yergue en ciertas zonas del mar del Norte.

La preparación de Alemania por largos años ha sido evidente, sus propósitos declarados, la crisis inevitable. Pero las democracias del mundo no quisieron ver lo evidente, prefirieron ignorar sus descarados propósitos. Se adhirieron a la doctrina de soberanía, retrocediendo al mismo tiempo ante el alcance de su tremenda lógica. Reforzaron sus fronteras, riñeron entre ellas guerras económicas por medio de sus tarifas; pero lo hicieron a manera de reconocer los derechos de las demás naciones y no permitieron que el ansia de poder consumiera su espíritu. Construyeron ferrocarriles, por ejemplo, destinados al comercio y no a la guerra. Como ahora lo vemos, arriesgaron su misma existencia por falta de lógica, y han estado a punto de pagar el precio de su inconsecuencia. Es obvio, por consiguiente, que las democracias del mundo no deben permitir que esta crisis se produzca otra vez. Para prevenirla necesitan renegar de su propia fe y convertirse en campos armados o formular un plan capaz de destruir esta lógica monstruosa en el mundo democrático después de la guerra, y necesitan formular ese plan ahora mismo.

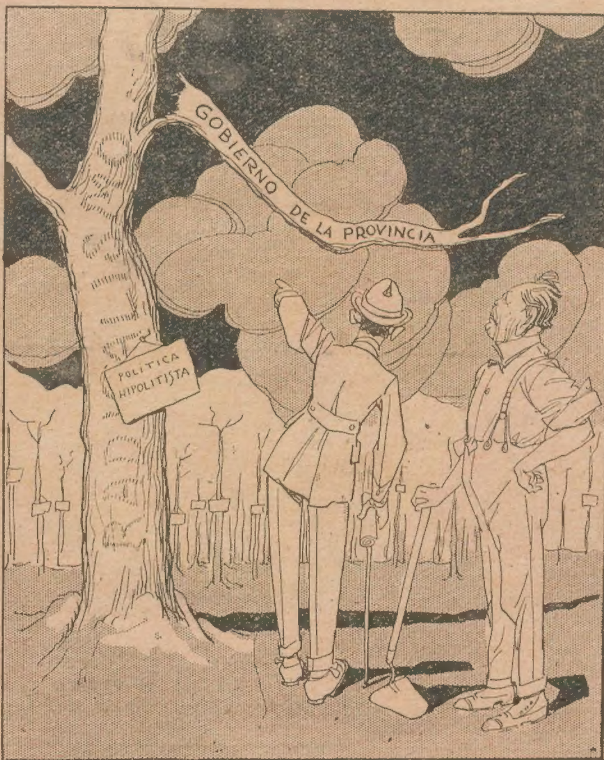
Asumiendo que Alemania cambie en el futuro al punto de que los hombres civilizados puedan entenderse con ella, o que haya quedado tan abatida que sea posible prescindir de ella ¿cuál sería el resultado?

¿Seguiremos todavía el viejo programa? ¿Puede reorganizarse el mundo para la paz en la misma dirección? Jamás se ha encontrado en paz verdaderamente. Desde hace varios siglos la paz de Europa ha sido simplemente el período de preparación para una nueva guerra. ¿Deberá acaso continuarse en el porvenir la doctrina de soberanía incondicional con todo su espantoso alcance? De ser así, ¿qué habríamos ganado con la victoria? ¿Habríamos ganado algo positivo?

Esta doctrina se instalará en el umbral de todas las discusiones posteriores a la guerra, arrojando su sangrienta historia en medio del consejo. No podemos prescindir de ella. No nos atrevemos a burlarla. ¿Qué haremos? Todavía no podemos abolirla por completo. La nacionalidad, con todos sus crímenes, era escala tan inevitable en la evolución de los gobiernos como fueron los mamíferos en la evolución del hombre. Ha representado un gran papel y debe representarlo todavía en la historia de las naciones; pero en el mundo de la democracia su parte no debe ser la principal: la humanidad debe desempeñar el primer papel.

Darwin P. KINGSLEY.

LA FIESTA DEL ARBOL



Hipólito.—Ese es el árbol que yo he plantado.

—Pero es una lástima que se haya desgajado su tallo principal. ¿No podría S. E. plantarlo en otra parte caso que acabe de separarse del tronco?

Hipólito.—Seguramente tendré que plantarlo en la calle.

—Ya verá S. E. como no agarra...

Renacimiento belga

Para el 1.° de mayo de 1916 habían sido destruídas o incendiadas 43.000 casas en Bélgica. Y de entonces acá no se diga. Las regiones más fértiles y más ricas de Flandes han quedado totalmente devastadas. De modo que cuando los belgas vuelvan a su tierra, tendrán, ante todo, el problema de la reconstrucción de sus hogares.

Previendo las inmensas complicaciones de este magno problema, los belgas constituyeron, en 1916, ''La Obra del Rey Alberto'', a fin de poder responder, llegado el momento, a las necesidades más inmediatas de la reconstrucción.

El referido fondo tiene dos propósitos: asegurar a los damnificados, desde que regresen al país, los materiales necesarios para las reparaciones de mayor urgencia, y preparar, desde ahora, un lote de habitaciones provisionales que serán puestas en Bélgica a la disposición de los primeros trabajadores que se repatrien.

Por faltar a la moral

(Para FRAY MOCHO)

No hace muchos días fuí testigo ocular de una escena, ocurrida en una comisaría seccional, que voy a referir como la recuerdo, aunque "literalmente" no se haya producido como la relato.

Yo había concurrido a aquella oficina con objeto de solicitar un servicio del auxiliar de guardia, amigo mío.

Terminada mi misión, y cuando me disponía a retirarme de la oficina, ví entrar en ella un grupo compuesto por tres vigilantes conduciendo a la rastra un bulto informe, que lo mismo podría ser un "recado" que una bolsa de verdura. Al pasar por junto a mí y levantar el bulto la cabeza, ví, con asombro, que "aquello" era un hombre en completo estado de embriaguez.

Al verlos entrar preguntó el auxiliar a la "botonadura":

—¿Qué pasa?

—Con permiso, mi auxiliar — dijo uno de ellos, que bien podría pasar por "botón" de calzoncillo, pues era blanco (los otros dos eran negros, aunque en distintos tonos).—Este individuo que, cuando está borracho, se entretiene en pararse en la esquina faltando al respeto a las señoras, hace un momento que cruzó por allí un señor diputado con sobretodo de moda, y este atrevido, creyendo sin duda que era una mujer, le tocó los senos.

—Está bien—dijo el auxiliar, conteniendo la risa.—Déjenlo y vayan cada uno a su parada.

—¡Lo veis, otarios! ¡No os llevan el apunte! ¡El auxiliar dice que "está bien"!—gritó el borracho, viendo retirarse a aquel muestrario de "botones" descoloridos.

—¡Silencio! — ordenó el auxiliar.— Ya te voy a enseñar yo a toquetear a las mujeres en la calle.

—No se moleste, señor auxiliar. Estoy "habitué".

—Silencio, he dicho. Por lo pronto te has hecho acreedor a una multa de cincuenta pesos que deberás pagar en efectivo o en arresto.

—Me parece, señor auxiliar, que se ha pisado, pues si el "acreedor" soy yo, el que deberá pagarlos es usted.

—Imbécil. Te has hecho acreedor "a ese castigo".

—Eso ya es otra cosa. Y dígame. ¿No podría hacerme una rebajita?

—Cállate.

—Supongo que me dará libreta como hace el almacenero; yo pago siempre a fin de mes.

—Que te calles, he dicho... ¿Cómo te llamas?

—. . . . .

—¿No oyes? Te pregunto que cómo te llamas.

—¿En qué quedamos? ¿Debo hablar o debo callarme?

—¡Contesta!

—¿Eh?

—¡Que contestes!

—¿El qué?

—¿Cómo te llamas?

—¡Tomás!

—¿Tomás, qué?

—Tomo lo que me da la gana, para eso lo pago con plata mía.

—Te pregunto el apellido.

—¿El apellido?... El apellido... (se registra el saco). Me lo he dejado en casa. Como no pensaba venir aquí...

—¿No tienes apellido?

—Yo no tengo más vicio que la bebida. Ni siquiera fumo.

—¿Qué edad tienes?

—No lo sé. Cuando aprendí a contar ya había cumplido diez años.

—Bueno. Dime entonces: ¿En qué año naciste?

—Tampoco lo sé.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Cuando yo nací era muy distraído, y pensando, sin duda, en otra cosa, no miré en aquel momento el almanaque. Sólo me acuerdo de que era muy chico y conservo apenas una idea de la cara de la partera vaga.

—¿Eh?

—Quise decir; una idea vaga, de la cara de la partera.

—¿Quién era tu padre?

—¡Vaya una preguntita! No me acuerdo del día en que nací y me voy a acordar de quién era mi padre!

—¿Y tu madre?

—¡Chst! ¡Deje a mi madre en paz!

—¿Cómo vives?

—Como usted. Un día detrás de otro.

—Digo que con qué cuentas.

—Cuento con los dedos.

—Te pregunto que si tienes recursos.

—Sí. Uno.

—¿Cómo, uno?

—El del suicidio.

—¿Y tu mujer?

—Buena, gracias.

—Digo que si tiene recursos ella.

—¡Ya lo creo! Hasta sabe llorar, pero yo no le hago caso.

—¿Tienes hijos?

—Eso es cosa de mi mujer.

—¿Estás casado o vives así nomás?

—¿Cómo así nomás? ¡Casado y bien casado; por lo civil, por lo eclesiástico y por lo militar!

—¿Por lo militar?

—Sí, porque cuando me llamaron a las filas ya me había casado.

—¿Eres argentino?

—Soy limpiador de cloacas.

—Está bien (llamando). Agente páselo al calabozo.

. . . .

—¿Qué te parece el tipo?—me preguntó el auxiliar, apenas hubo desaparecido el borracho.

—Francamente, amigo—le contesté —que si no fuera porque está ebrio, no creo que ha dado motivo para encerrarle en un calabozo, por el solo hecho de tocarle los senos a un hombre que viste sobretodo con cinturón y hebilla, aunque ese hombre sea un diputado.

¡Son tan tentadores esos sobretodos puestos...

Joaquín FRADE GOITIA.

Una carta que no llega....

De gris melancolía de la tarde
el corazón se enferma.
Llueve... Mi alma, impaciente, monologa,
esperando una carta que no llega...

Mi figura adivino en un espejo
dormida en una niebla,
como una suave mancha de Carriére,
que ensoñara una lánguida tristeza.

Me estremezco... Recuerdo: ya tres años,
muy pronto harán, que espera
mi alma una carta, como amante triste,
junto al mar, el retorno de una vela.

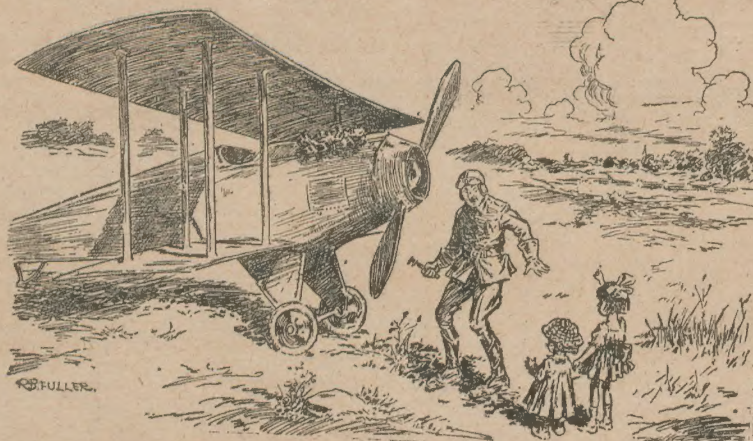
Vela o carta... purísimas blancuras
con que los solos sueñan:
eucarístico pan, que piden todas
las almas que pecaron de Belleza.

Una carta muy blanca, cual paloma
de paz, dulce y eterna,
está aguardando mi alma, envejecida
de soñar tanto tiempo una quimera.

Una carta, que yo no sé de dónde
vendrá, que nunca llega;
pero que mi ilusión todos los días,
hora por hora, sin descanso, espera.

De gris melancolía de la tarde
el corazón se enferma.
Llueve... Mi alma, impaciente, monologa,
esperando una carta que no llega...

LUIS RODRIGUEZ ACASUSO.



La niñita.—Míster, cuando suba, ¿quiere hacer el servicio de traerme el globo que se le escapó a mi hermanito?

La gran dama y el carbonero

Permitidme que os cuente esta historia: no es trágica. Ocurrió en Londres en el pasado siglo, un día en que se celebraban festejos públicos. Una señora bellísima y de la más alta aristocracia, conducida en una silla de manos, atravesaba por un sitio de mucho bullicio; forzada a detenerse, se encontró con que los adornos dorados de su elegante silla rozaban con la carreta de un carbonero. La dama tenía uno de esos tintes de leche y rosa que tanto abundan en Inglaterra. El carbonero de por sí estaba ennegrecido con su tráfico con el carbón. El contraste era bufo. Repentinamente se vió avanzar al palurdo, con su cara embadurnada de hollín y poner, ¡horror!, sus labios sobre el nacarado, delicioso rostro de su vecina. Esta permaneció un momento sobrecogida de espanto; luego estalló su cólera terrible y haciendo sujetar por sus lacayos al atrevido, lo condujo a casa del Condestable. Allí la dama manifestó su indignación y reclamó contra el insolente la más severa pena. Cuando ella terminó, el magistrado, volviéndose hacia el desgraciado carbonero que ni respiraba, le dijo:

—¿Qué tiene usted que alegar en su defensa?

—Nada — contestó tranquilamente. —Haced de mí lo que queráis, que jamás podréis quitarme el que haya besado a la mujer más hermosa de nuestros tres reinos.

Al oir estas palabras, la dama se tranquilizó súbitamente.

—Este hombre está loco—dijo.—Y retiró la demanda.

Anatole FRANCE.



¿En la familia del kaiser?



"Nada hay más glorioso que sufrir por su país".

De París a Buenos Aires en ocho días. El túnel bajo el estrecho de Gibraltar.

La guerra mundial ha dado actualidad a la cuestión de los túneles intercontinentales. Si se hubiese construído el proyectado túnel entre Francia e Inglaterra por debajo del Canal de la Mancha, la rapidez con que se habría efectuado por él el transporte de soldados, armamentos y municiones de Inglaterra a Francia, hubiera resuelto uno de los grandes obstáculos que en cierta época dificultaron las operaciones aliadas. Ultimamente se ha hablado, en el Congreso de Ingeniería Civil celebrado en Francia, de otro proyecto de igual importancia: el de la construcción de un túnel bajo el estrecho de Gibraltar, entre Europa y Africa.

Cuando se recorre las costas del estrecho de Gibraltar, uno se da cuenta de que el istmo que en otra época reunía a Europa y Africa por una cadena de montañas, no ha sido como el istmo de Pas de Calais, separado por la invasión de las aguas, sino por una convulsión geológica. Por eso en el Pas de Calais la costa desciende gradualmente hacia el mar y éste tiene, en el medio, una profundidad de sesenta metros, más o menos; pero en cambio, en el estrecho de Gibraltar se halla un fondo rocoso, que llega, en ciertos puntos, a una profundidad de 1000 metros.

Así, pués, para construir un túnel bajo ese estrecho, habría que descender a unos 750 metros debajo del nivel del mar. Y dejando una "cubierta" de 80 metros para evitar las infiltraciones, resulta que el "tubo" en el medio de la curva descendente en que la profundidad llegaría a su máximo, se hallaría a 830 metros debajo del nivel del mar.

El trazado proyectado parte de la costa española cerca de Tarifa. El trayecto del túnel duraría veinte minutos si se supone hecho por trenes eléctricos con velocidad media de 80 kilómetros por hora.

La constitución geológica del suelo submarino en el estrecho es conocida, sobre todo por los trabajos de los señores Termier, miembro del Instituto de Francia, y Gentil, profesor de la Sorbona. Los ingenieros podrán, pues, proyectar las obras con entero conocimiento tanto del suelo como de las profundidades, bien exploradas ya por expediciones oceanográficas.

¿Cuáles serían los resultados prácticos de este túnel? Ante todo, el establecimiento de una línea directa entre París y Dakar, en Africa: este puerto estaría a tres días de viaje de la capital francesa. Si al mismo tiempo se desarrolla paralelamente la red de ferrocarriles africanos, la distancia entre París y el Congo sería salvada en cinco días. Y una vez construído el túnel bajo la Mancha, se podría ir desde Dover, en Inglaterra, al Transvaal, en siete días, y al Cabo de Buena Esperanza en ocho días.

Pero la mayor ventaja se obtendría en la rapidez de las comunicaciones con la América del Sur. Siendo Dakar el "antepuerto de Europa", el viaje de París a Brasil, yendo en ferrocarril hasta Dakar, duraría siete días y hasta Buenos Aires ocho días.

Los cuatro túneles principales existentes han costado, por término medio, cuatro millones y medio de francos por kilómetro. Como las dificultades del trabajo submarino serían mayores que en el caso de esos túneles, se puede calcular para el túnel bajo el estrecho de Gibraltar un costo de diez millones por kilómetro; en total, doscientos cincuenta millones.

El proyecto ha sido presentado al Congreso de Ingeniería por el Ingeniero Bressler, y todas las opiniones científicas expresadas en esa asamblea le fueron favorables.

Los dedos de los dactilógrafos y pianistas

Posiblemente a ninguno de los jóvenes que en las casas de comercio escriben a máquina o a las niñas que estudian el piano se le ha ocurrido preguntarse qué "distancia" recorren sus dedos en los diversos movimientos durante cierto período, un año, por ejemplo. La cuestión que aparentemente no es nada más que curiosa ha interesado, sin embargo, a hombres de ciencia y a los técnicos en la fabricación de máquinas de escribir. Una revista norteamericana dice al respecto: "Los dedos son los "viajeros" más notables de la creación. Son capaces de recorrer distancias enormes sin sentir el cansancio que afligiría a los pies y las piernas que realizaran semejantes viajes.

En el ejercicio ordinario de la pluma, para la escritura a mano, ésta puede, según la opinión de un experto, cubrir el espacio de diez mil millas en un año. La observación ha sido hecha científicamente, por medio de la cinematografía de los movimientos de la mano.

Los individuos que sirvieron para estudiar los movimientos de la mano, eran empleados de oficina, hábiles en el trazado de una escritura correcta. Utilizaban el portaplumas de una manera racional, con la posición del brazo y la mano indicada como correcta, por lo cual nunca sintieron el llamado "calambre de los escritores" ocasionado, a lo que parece, por una posición defectuosa de la mano en el acto de escribir.

Se estima también que los dedos de un dactilógrafo de habilidad ordinaria "viajan" diez veces más rápidamente que los de una persona que escribe a mano, es decir, que en un año, los dedos de un dactilógrafo recorren una distancia de cien mil millas.

Poco después de hechos los experimentos que dieron por resultado ese cálculo, Sir James Paget, fisiólogo inglés, se propuso estudiar el mismo punto con referencia a los movimientos que efectúan las manos de los pianistas. Una pianista renombrada, la señorita Janotha, fué examinada por el doctor Paget en la ejecución de uno de los trozos más rápidos de su repertorio: el "presto" de Mendelssohn. Se comprobó que la pianista había producido 5995 notas en cuatro minutos y tres segundos, es decir, un poco más de veinticuatro notas por segundo.

Cada nota exigía, por lo menos, dos movimientos voluntarios, netamente definidos, uno para bajar el dedo y tocar la tecla y otro para levantarlo, y además un número importante de movimientos laterales de los dedos, a derecha y a izquierda y hacia adelante y hacia atrás, así como numerosos y diversos movimientos de las muñecas, de los codos, de los hombros y de los pies.

El gasto de energía exigido al cuerpo humano por semejante ejercicio es realmente prodigioso.

"No hay duda, escribe el doctor Paget, que debieron producirse por lo menos setenta y dos variedades de corrientes de fuerza nerviosa, trasmitidas por el cerebro a los músculos que debían ejecutar el movimiento, en el brevísimo tiempo de un segundo. Y cada una de esas variedades era determinada por un esfuerzo distinto y preciso de la voluntad. He calculado que para cada una de las veinticuatro notas producidas en un segundo, el esfuerzo mental del pianista se traducía por cuatro ejercicios conscientes del cerebro, cuatro ideas precisas que con la rapidez de la luz debían convertirse en inmediata ejecución, lo que supone noventa y seis trasmisiones de fuerza nerviosa por segundo".

PACIFISTA DE NUEVA MARCA

—Dicen que Eric ha sentado plaza de marinero en un destroyer norteamericano.

—Yo creí que era pacifista.

—Es pacifista naval.

—¿Qué es eso?

—Uno que arroja bombas de profundidad para derramar aceite sobre las aguas agitadas.



—Ahora te toca a tí hacer de submarino; zambúllete de una vez para que te tiremos estas bombas.

CERCA DE LA ESTACION

Cierto sujeto deseaba comprar una casita en un pueblo cercano a la capital y fué a ver a un rematador.

—¿Está lejos de la estación?

—¡Qué esperanza! ¡A menos de una pedrada de la estación!

Y fué a ver la casita que, por supuesto, se hallaba situada a muchas cuadras de la línea férrea, y volvió pensativo para verse de nuevo con el rematador.

—¿Y? ¿Le interesa la casita?

—Lo que me interesa, ante todo, es conocer al hombre que tiró la piedra.

CANJE DE PRISIONEROS

Herr von Lachschinken.—¿Por qué insiste tanto en que los aliados nos devuelvan en el canje de prisioneros al general von Bullewerfer? Es un hombre que no sirve para nada...

Herr von Krautenfeld.—Ya lo sé, pero tiene en el uniforme cuarenta y dos kilos de condecoraciones de bronce que nos vendrían bien, dada la carestía de metales.

UNO BIEN INFORMADO

—¿Qué tal, don Domingo? Hoy vamos a tener otro día de calor...

—Me parece que sí, porque desde esta mañana ya me han dicho lo mismo diez y nueve personas.

INVALIDO

—Ese pobre soldado no podrá reanudar después de la guerra sus ocupaciones como tenedor de libros.

—¿Por qué? ¿Ha perdido la mano derecha?

—No, ha perdido la oreja derecha, donde acostumbraba poner el portaplumas.

INDICIO SEGURO

—Creo que el patrón me va a dejar en el empleo—dijo la nueva dactilógrafa.

—¿Te lo dijo?

—No, pero me regaló un diccionario.

SOSPECHA DESVANECIDA

Lo vi en el tranvía. Era rubio; tenía el bigote erguido. Murmuraba algo en voz baja, con cierto acento gutural, mientras consultaba una libreta escrita con signos extraños.

—¡Hum!—me dije.—El tipo parece sospechoso... quizás un espía alemán... No lo voy a perder de vista.

El tranvía estaba completo. De pronto el individuo sospechoso metió rápidamente la libreta en el bolsillo y volvió la cabeza para ver quién estaba a su lado. Era una señora anciana. El individuo se puso de pie, e indicando el asiento, exclamó:

—Disculpe, señora; le ruego que se siente.

Me había equivocado: no era un alemán.

EL BOMBO MUDO

El regimiento cruzaba un pueblecito al son de la música. El capitán notó que el encargado del bombo no tocaba su instrumento y ordenó a un teniente que averiguara la causa. Preguntado el músico, contestó al teniente en voz baja:

—Tengo dos patos y un pavo dentro del bombo; el pavo es para el capitán.

El teniente informó a su superior de tan fundada causa, y el capitán exclamó en alta voz:

—¿Por qué no dijo antes que estaba enfermo? ¡Ya sabe que no soy capaz de obligar a trabajar a uno que no puede!

HONORARIOS

El cliente había ganado el pleito, pero después de liquidados todos los gastos y honorarios del abogado, todavía le quedaban unos pocos pesos, de manera que éste pensó en esfumárselos también y puso en la cuenta: "Por levantarme de noche a pensar en su pleito: veinticinco pesos con cincuenta centavos".

VIDA SOCIAL



Cómo entretuvo al hermanito mientras la mamá atendía las visitas.

¡NO ERA ROMANTICO!

Ella acababa de leer, con acento emocionado, este lindo verso del poeta Moore: "Tendremos lecho de rosas consteladas de rocío".

El joven adquirió una expresión pensativa y la novia preguntó:

—¿En qué piensas, mi bien?

—En el reumatismo.

EL DOBLE PARA EL OBISPO

La siguiente anécdota ha sido atribuída a Chateauneuf, que fué guardasellos del rey Luis XIII. Cuando tenía nueve años era tan inteligente que un obispo eminente solía complacerse en hacerle preguntas:

—Te daré una naranja—díjole una vez—si me dices dónde está Dios.

—Y yo—repuso el niño—le daré dos naranjas si me dice dónde no está.

UNA RAZON

Un abogado preguntó al satírico irlandés Swift quién tendría más probabilidades de ganar en un pleito entre el diablo y el clero.

—El diablo, sin duda alguna—contestó Swift,—y la razón es clara: todos los abogados están de su parte.

INCONVENIENES DE LOS VIAJES

Un viajero pidió huevos fritos para su desayuno en el comedor de un tren de Georgia.

—No puó dale güevos fritos, patrón;—informó el criado negro.—Solo que uté s'epere ata que paremos.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir eso?

—Qu'el cocinero ice qu'el camino é tan malo, que cada vez que quié aser güevos fritos le sale tortía.

ARGUMENTO ABRUMADOR

Por motivos más o menos religiosos había quienes se oponían a la idea de que un viudo se casara con la hermana de su mujer. Pero hay contra ellos un argumento respetable — decía Lord Houghton:—no se tendrá más que una suegra.

EL BARBERO ESTABA DE ACUERDO

El cura había observado más de una vez al barbero del pueblo los peligros de la bebida. Cierta vez que lo estaban afeitando, la navaja se deslizó más de lo debido y le hizo un tajo en la cara. El cura se puso de pie y observando la herida exclamó con enojo:

—Esta es una consecuencia de esa maldita costumbre de beber.

—Sí, señor,—repuso gravemente el barbero,—hace la piel demasiado débil.

LA ANTORCHA DE HIMENEO

A poco de perder a su esposa un caballero hizo poner en la tumba una lápida con esta inscripción: "La luz de mi vida se ha extinguido". Pocos meses después se anunció que el caballero en cuestión había vuelto a casarse, y un amigo que lo encontró en la calle, le preguntó si era cierto. Le respondió afirmativamente.

—¡Cómo! ¿Casarte otra vez después de haber hecho grabar tan sentidas palabras: "La luz de mi vida se ha extinguido"?

Sí; pero encendí otro fósforo.

DEL ROMANTICO MEDIOEVO, DOCTOR CROTTO



Suprimiendo a un adversario político.

Las desventuras del señor Lacaussade

El literato francés Augusto Lacaussade, ex secretario de Flaubert, fué durante muchos años víctima de un bromista implacable y tan cobarde como cruel. En 1889, poco después de publicar su trabajo sobre "La poesía de Leopardi" recibió, procedentes de Milán, dos enormes fardos de libros, acompañados de la siguiente carta enviada por una gran librería italiana: "Señor Bibliotecario: (Lacaussade era Bibliotecario del Senado). De acuerdo con su pedido del 10 del corriente, en que me pide que le envíe todo lo que se ha publicado en Italia sobre Leopardi, tengo el agrado de remitirle por este correo los libros, folletos y números de revistas que me ha sido posible reunir..."

—Pero si jamás he pedido nada,—exclamó Lacaussade, e inmediatamente solicitó del librero que le comunicara la carta a que hacía referencia. La carta llegó: no sólo estaba escrita en papel timbrado del Senado, sino que también la escritura era muy parecida a la del bibliotecario.

En otra ocasión le llega una nota del Ministerio de las Colonias. Se recurre a él, "a ese talento de que ha dado tan brillantes pruebas", para la composición de unas estrofas en honor de la Reina de Madagascar, Ranavalo, y de su próximo casamiento; la composición debía tener cien versos, a lo más, para una, dos, tres y cuatro voces, y se la deseaba lo más pronto posible; comunicábanle prólijamente todas las condiciones y requisitos para evitarle la molestia de ir a consultar al Ministerio. Lacaussade pone manos a la obra con todo entusiasmo y terminado su producto poético se presenta con él al ministro, quien le dice que ignora por completo de qué se trata y que nunca se le ha escrito.

Poco después los diarios anuncian la próxima aparición de un libro de Augusto Lacaussade, titulado "Leconte de Lisle, sus orígenes y sus comienzos"... Y Leconte de Lisle era su adversario encarnizado, su rival, su enemigo a muerte...

Otra vez la broma fué más perversa. Hacía dos meses que Lacaussade había perdido a su mujer, persona muy distinguida y simpática, cuando un día, los principales diarios "Le Gaulois", "Le Figaro", "Le Temps" participan a sus lectores el enlace del poeta Augusto Lacaussade, bibliotecario del Senado y laureado de la Academia Francesa, con la señora viuda Anna Barratin, la poetisa dueña de cuantiosa fortuna y autora de colecciones de pensamientos tales como "Chemin faisant", "De vous à moi", etc. Lacaussade, que en su calidad de poeta visitaba la casa de esa dama respetable, va a verla en seguida para explicarle que era víctima de un abominable sistema de persecuciones, y se traslada después a "Le Gaulois" donde se le enseña una carta, escrita en papel del Senado, y con una sorprendente imitación de su escritura y su firma.

—Hemos creído que usted mismo nos pedía que anunciáramos su casamiento,—le dicen en la redacción del diario.

Lacausade creía que algún empleado del Senado, quizá de la Biblioteca misma empleaba indebidamente el papel oficial, pero no sospechaba quién podía ser y le torturaba la idea de que posiblemente hablaba a diario y usaba consideraciones con ese pillo que se burlaba de él.

El implacable bromista no retrocedía ante nada: llegó hasta lanzar la noticia de la muerte de Lacaussade y envió a los diarios un suelto necrológico muy elogioso y elocuente.

Y meses antes, el Secretario del Instituto recibió una carta en que Lacaussade presentaba su candidatura a la Academia Francesa, optando al sillón que quedaba vacante por fallecimiento de un académico conocido.

Y esto sin hablar de los continuos envíos de mercaderías que no había pedido. De vuelta de un viaje halló su bodega repleta de botellas de vino que sus sirvientes habían recibido porque "el señor las tenía encargadas".

Tanta persecución concluyó por alterar el carácter de Lacaussade; se hizo sombrío y pesimista y llegó a desconfiar de todos cuantos le rodeaban. Cayó en una misantropía que día a día se agravaba más y en sus últimos años vivía solitario y recluído, sin querer saber nada de los demás ni que los demás supiesen de él. En su propia casa sólo se supo que había muerto cuando se presentaron los empleados de las pompas funerarias, avisados quién sabe por quién, a preparar la capilla mortuoria.

—¿Qué vienen a hacer aquí? No hay ningún muerto en esta casa,—les dijo la portera.

—Sí; un señor Lacaussade...

—¡No! Es otra infamia... No hacen más que mortificar a ese pobre señor.

—Se nos ha dado orden...

—Un momento: voy a ver.

Pero esta vez no era broma y el señor Lacaussade estaba por fin tranquilo para siempre.

El interés de España

Cifras oficiales de la Dirección General de Aduanas registran las siguientes proporciones de término medio del comercio comparado de España durante los cinco años que precedieron a la guerra—de 1909 a 1913—calculadas en millones de pesetas:

	Importaciones	Exportaciones
Alemania. . . .	136	62
Austria Hungría.	9	7
Bélgica.	35	42
Francia.	189	273
Gran Bretaña . .	205	247

Se ve por esas cifras que los Imperios Centrales venden a España, anualmente, mercaderías por valor de 145 millones de pesetas, pero que no le compran más que por valor de 69 millones, de tal manera que España pierde por año 76 millones que emigran a Alemania y a Austria. En cambio la importación de Francia, de Inglaterra y de Bélgica llega al total de 439 millones y las ventas de España a esos países al de 562 millones; quedan, pues, para la península, anualmente, 132 millones de pesetas. Agréguese que el comercio español con Francia e Inglaterra representa casi la mitad del comercio mundial de España. Todo esto demuestra que la propaganda alemana explota torpemente la credulidad del público cuando dice que el interés bien comprendido de España la inclina al lado de las potencias centrales.

Hay que descubrir el flaco

A Willie le gustan los helados, pero se resiste siempre al trabajo de dar vueltas a la heladera. Un día, al regresar a casa, tuvo su madre la agradable sorpresa de verlo aplicado a la manivela, con tanto empeño como si en ello le fuera la vida.

—¿Cómo has logrado hacer trabajar a Willie en la heladera? — preguntó la señora a su marido. — Yo le he ofrecido diez centavos por cada vez, y nunca ha querido.

—Porque no le descubriste el flaco, querida mía, — contestó el esposo. — Yo le aposté cinco a que no podría darle vueltas por media hora.

Lo mató tres veces

En un discurso político, lord Derby declaró: "En las próximas elecciones daremos el tercer golpe mortal al Home Rule".

¡Canta, Bellina!

—"¡Canta, Bellina; canta ancora... per piacere!..."

Y el muchachito que así suspiraba, en italiano, reiteraba el deseo al mismo tiempo con toda la dulzura de sus garzos ojos.

Era en plena primavera, en un lindo vergel de Fiesole, en el que se respiraba el aroma de las violetas. La niña cantó, elevándose su ya bien timbrada voz toda pureza en el silencio de la mañana. Estaba en pie, cerca del asiento de mimbre en que reposaba el tierno convaleciente, y las notas graves que, con sorpresa, se escapaban de su delicada garganta, añadían nuevo encanto al de aquella dorada faz y ágil cuerpecito, cuya robustez contrastaba con la palidez de su oyente.



La mejor oportunidad para hablar de la paz.

—Vamos, vamos, Charlie —dijo en inglés una mujer joven, que adelantaba sonriente:—Ten compasión de tu amiguita; ya sabes que no es una muñeca con máquina y debe conservar su voz de futura "prima donna"...—Luego, con tono enternecido, agregó, inclinándose hacia su hijo:—Dime, ¿cómo te sientes hoy, monín mío?...

Bellina había dejado de cantar y se puso a jugar con todo ardor con el perrazo que hasta entonces había permanecido mansamente a los pies de su amo, siguiéndolos Charlie con sus azules miradas, maravillado por la gracia de la niña, por sus armónicos ademanes, por su alegría...

—Mira, mamá, parece que todo cante por aquí—murmuró sonriente.

Otros dos inviernos, con las consiguientes primaveras, ocupó la blanca quinta de lo alto de la colina "la signora inglesa", como decían las buenas gentes de la comarca, trocándose la tierna amistad de los dos jovenzuelos en un raro sentimiento, por lo tocante a la niña, cariño celoso en el que alternaban los enfados con las reconciliaciones ruidosas y apasionadas: una especie de amor precoz ignorado por su cándida inocencia.

Bellina, o, mejor dicho, Annunziata Bellini, su nombre verdadero, era hija de la costurera que iba a coser en casa de la hermosa señora inglesa finos linones y encajes preciosos, y ante tales primores solía exclamar cariñosamente la niña, con sus negrazos ojos muy abiertos:

—¿No es verdad, "signora", que un día también podré yo tener "tante belle cose"... y olorosos frascos con tapón de oro... muchas sortijas, brillantes y hasta un gran automóvil?... ¡cuando cante, cuando sea artista!—añadía con satisfacción.

Porque ella quería cantar en el teatro, y por esto en la última primavera, en el jardín de Fiesole, confiaba sus ilusiones a su amiguito Charlie. El muchacho tenía ya diez y seis años, y daban casi diariamente prolongados paseos juntos, llevándosela a veces él en su veloz automóvil, que parecía, decía ella, "una bestiaza roja por entre el polvo". Iban a admirar las bellezas de Florencia y sus cercanías, describiéndole él la historia de aquéllas y abriendo la sensibilidad del alma de su compañera a la belleza de las cosas.

Una tarde en que habían visitado Santa María Novella, dijo él tristemente:

—Ya lo sabes, Bellina, nos vamos el domingo.

La jovencita quedó sorprendida, llevóse una mano al corazón, palideció intensamente y subió al automóvil sin contestarle palabra.

—Debemos separarnos hasta el invierno próximo —continuó Charlie.— Pero, ¿qué tienes?... ¡A ver, mírame!...

Le cogió la mano. Ella fijó en él sus ojos brillantes y, moviendo la cabeza:—"¡Niente!"—exclamó, poniéndose a cantar suavemente una "berceuse" toscana que a él le gustaba mucho. El automóvil se dirigió hacia la blanca quinta de la colina, que el sol poniente salpicaba de rosa, lanzando flechas de oro a través de los grandes y sombreados árboles... mientras dos débiles jacintos temblaban sobre el pecho de Bellina. Los dos jóvenes corazones supieron ya lo que era sufrir...

Pasaron años, y trajeron otros inviernos en el vasto jardín aromatizado por el perfume de las violetas... Pero ni la hermosa "signora" inglesa ni el rubio Charlie volvieron.

.. ..

La terrible guerra duraba ya desde largos meses, luchando en el norte de Francia los ejércitos británicos heroicamente junto a los franceses.

Un día, en una aldea situada detrás del frente de batalla, fueron a un hospital inglés varias famosas artistas de los teatros de París con objeto de distraer a los enfermos y convalecientes; estrellas bienhechoras que durante la guerra han llevado algo de alegría a los espíritus y aliento de los corazones desfallecidos.

Un oficial cuyas graves heridas le habían obligado a permanecer alejado de la fiesta, en su aislado cuartito estaba oyendo la explicación que de ella le daba un compañero, sentado junto a la cama. La pequeña estancia estaba impregnada del fuerte olor del yodoformo; del pobre herido no se veían más que la boca, palidísima, y las dos manos nacaradas; el rostro desaparecía bajo las vendas, y los ojos, que habían sufrido horrendas quemaduras, estaban ocultos.

—Y, oye, chico; sabe que voy a darte una sorpresa—dijo vivamente el compañero sano.—Está ahí una linda muchacha que con preciosa voz ha cantado en italiano, y recordando que tú conoces el idioma de Annunzio, tal vez como él mismo, he logrado que venga a tararearte (si te ha de agradar) algo bonito.

La calenturosa boca sonrió, y el amigo se levantó para volver en seguida con la visita anunciada.

Desprendióse la artista de sus afelpados abrigos, mezcláronse finos perfumes al yodoformo y la joven dijo al herido:

—¿Es cierto que le gustaría oirme? —envolviendo al propio tiempo la estrecha cama con emocionada mirada...—Y... ¿conoce usted el italiano? Es gran dicha para mí poder satisfacerle.

El soldado le dió gracias con voz apenas perceptible.

—Pero un trozo de ópera no le agradará, me parece... Ya verá usted: le cantaré algunas canciones muy bonitas que en otro tiempo cantaba allá en Italia...

Y la pura voz rompió el silencio del triste cuarto, pero inmediatamente las manos del enfermo temblaban nerviosas. El oficial se acercó con inquietud:

—Vamos, querido amigo, ¿te gusta?...

La dolorida cabeza se inclinó dos veces. La cantante siguió, y cuando hubo acabado, se sentó junto a la cama.

—¿Qué tal? ¿Le he distraído un poco? ¡Cuánto me complacería saberlo!

Puso en la mano del herido un ramito de frescas violetas, cuyo perfume pareció que él sorbiera... Se inclinó ella, y sintió como si el corazón dejara de latirle al oir que el pobre herido decía:

—"¡Canta, Bellina; canta ancora... per piacere!..."

GEORGY.



—Parece que tenemos muchos perros rabiosos...
—Deben ser perros mordidos expresamente por los alemanes...

Puchitos

En condiciones normales una conversación en voz alta pero sin gritar, puede ser oída hasta una distancia de ciento cincuenta metros. Pero hay sitios en que la voz humana puede ser oída desde mucho más lejos.

En las regiones polares, por ejemplo, donde el silencio total y la pureza de la atmósfera favorecen la transmisión de los sonidos, la voz humana llega a distancias asombrosas. El explorador del polo norte, Peary, observó varias veces que podía hablar con un amigo del cual le separaba toda la bahía del puerto Bowen, es decir, 3.200 metros.

—

La más notable de las llamadas "zonas neutrales" que, por razones políticas se suele establecer en las fronteras de algunos estados, es la que existe en la América del Norte, entre los Estados Unidos y Méjico; tiene un ancho de unos treinta metros y muchos centenares de kilómetros de longitud. Esta franja de territorio se ha convertido en refugio de malhechores, pues en ella no puede penetrar la policía norteamericana ni la mejicana, por temor de provocar un conflicto internacional.

—

Ha muerto últimamente un soberano poco conocido, pero buen hombre, a pesar de ser rey: Jorge II, rey del archipiélago Tonga (Polinesia). Los que más le conocían eran los coleccionistas de sellos postales. El monarca cambiaba los sellos de correo de su reino cada tres meses, lo que producía una buena renta, pues las ediciones eran adquiridas por las grandes casas europeas que venden sellos para coleccionistas. Por último el gobierno inglés de las Islas Fidji le rogó que renunciara a ese comercio, poco apropiado a su rango y fastidioso para el correo. Jorge II fué el modelo de los reyes constitucionales; el único conflicto que tuvo con su parlamento fué en ocasión de su matrimonio: la cámara le había elegido una esposa y el rey se casó con otra mujer, obstinándose en que le dejaran hacer su voluntad por lo menos en este asunto. En lo que evidentemente tenía razón.



—Ya he tenido el placer de verle en alguna parte...
—Sí; voy a veces.

—

El Niágara va a ser obligado a trabajar seis días por semana, como un simple obrero. Se le concederá, sin embargo, descanso dominical. Míster Steinmety, de la General Electric Company, de los Estados Unidos, comprueba que la famosa catarata puede producir energía eléctrica avaluada en más de diez millones de kilowats. Para aprovechar esta enorme fuerza, las aguas serán desviadas mediante gigantescas instalaciones—algunas de las cuales ya existen y utilizan en parte del caudal—que llevarán las aguas a mover turbinas de establecimientos industriales. Pero, en cambio, los domingos y días de fiesta se permitirá a las aguas que corran por los cauces actuales y presenten el maravilloso espectáculo que es asombro de los turistas.

—

Los primeros holandeses que fueron al Africa del Sur, observaron que los hotentotes poseían grandes piaras de bueyes que les servían de montura, y que estaban enseñados a cuidar los demás rebaños y los campos.

La educación de estos bueyes era admirable, pues a más de prestar los antedichos servicios, los indígenas los empleaban en la guerra, obligándolos a cargar sobre los enemigos.

Hablando de los hotentotes, decía Kolben, antiguo viajero, que de cada ejército del país formaba parte gran número de bueyes de guerra muy dóciles, que en el momento requerido se precipitaban impetuosamente sobre el ejército contrario, dando cornadas y pisoteando todo cuanto se les ponía por delante, con lo cual facilitaban en gran manera la victoria de sus amos.

El asesino de los árboles

Vivían en otro tiempo en Oruna, hosca aldea sarda, plantada en lo alto de la montaña y famosa por sus pendencias, dos amigos, uno pobre y el otro de acomodada situación.

El pobre se llamaba Martinu Selix, apodado Archibusata, tal vez porque usaba y abusaba de esta interjección. Por lo demás, no parecía ser de instintos feroces, y su escopeta era poco de temer, pues era tan pobre que jamás había podido adquirir una y el correspondiente permiso para llevarla. Vivía como un campesino y sembraba trigo. Joven, vigoroso, cetrino, tenía ojos muy negros, torvos y provocadores.

Sarvatore Jacobbe, el amigo rico, era un pequeño propietario, vestido a la manera sarda pero con chaqueta de terciopelo. Dábase aires de hidalgo y, cuando iba de viaje, llevaba la caja de pólvora pendiente de un grueso cordón de seda negra. Poseía algunos animales de trabajo y algunos caballos, perros, dos peones y un buen pedazo de tierra plantada de olivos. Tenía, además, una linda hermana y mucha presunción.

Nuestra Señora de Valverde para que castigara de un modo terrible a los testigos falsos que habían hecho condenar al difunto.

Paska era ambiciosa y jactanciosa, tanto como su hermano. Siendo aun una niña había sido prometida por esposa, según la costumbre de la comarca, a un hombre tan rico como maduro de edad. El novio cayó en mala situación y la muchacha no quiso saber más nada de casamiento. Y ¿quién sabe en qué soñaba cuando movía ligeramente sus labios de granada, sentada sobre los talones en el pavimento de la iglesia, perdida la mirada de los grandes ojos allá arriba en los toscos frescos de la bóveda?

Alta y esbelta y con su perfil rígido, parecía una madona de bronce. Los hombres, aun los que gozaban de mejores rentas, no se atrevían a cortejarla, y Martinu Selix, mucho menos, no habría osado mirarla en la cara. El no lo decía, pero lo cierto es que le era un poco antipática. Como todas las mujeres de regular situación, en Oruna, región en que se cría ganado, Paska sabía hacer manteca, rosquillas y los varios manjares que se suele hacer con la cuajada pasada por el fuego. Un día Martinu la encontró sentada en el suelo, junto al hogar, disponiéndose a hacer quesillos. Detúvose un instante a su lado, la miró friamente, tosiendo y refunfuñando con familiaridad, y se arriesgó a criticarle

una fiesta bucólica en el doble sentido de la palabra. Los mismos pastores toman parte en la ceremonia. Un poeta latino—si todavía los hubiese—podría componer sobre esta fiesta una égloga deliciosa.

En el día convenido, los amigos de Sarvatore Jacobbe llegaron a su tierra, a caballo, cada uno acompañado de una mujer sentada en la grupa. También llegaron los pastores del patrón con las ovejas vivas, atadas estúpidamente a la silla del caballo y con queso fresco en las alforjas.

Pronto fueron encendidos algunos fuegos bajo los viejos olivos grises, y el humo se elevó en columnas gloriosas en el aire, de un azul profundo. Mayo reía en el valle; los caballos rompían, al pasar a la carrera, las hierbas muy altas; los trigos ondulaban, plateados, en la lejanía; los oleandros inclinaban sobre las aguas verdes del río, manojos de sus botones de coral obscuro. Cálidos aromas pasaban con la brisa...

Los pastores hacían un poco de todo; abrieron algunos panales y extrajeron la miel tibia y amarilla como oro líquido; degollaron las ovejas y las desollaron, tirando hacia abajo la piel que se desprendía, azulada, del cuerpo rosado del animal; hicieron cocer las entrañas en las cenizas ardientes y asar las carnes clavadas en largos y agudos palos, siempre bromeando y riendo con las mujeres



Todos decían:

—Martinu Selix se cree un personaje porque va en compañía de Sarvatore Jacobbe. Tal vez imagina que Sarvatore le dará su hermana por esposa.

Pero Archibusata ni siquiera pensaba en eso. Prestaba a su amigo delicados servicios; a veces, cuando éste se hallaba en Nuoro por sus negocios, o se veía muy ocupado con las elecciones, Martinu iba al aprisco por ver si el pastor cumplía su deber, si todo iba bien, y sabía hacerse útil de otras muchas maneras.

Las mujeres de Oruna son bellas, orgullosas, originales, sutiles, dotadas de una inteligencia un poco salvaje. Hablan de una manera admirable en un lenguaje cálido, punzante, animado de imágenes caprichosas; fingen el entusiasmo, la cólera y el asombro en cualquier ocasión; tienen camisas bordadas, corpiños amarillos y ojos profundos y sombríos como la noche. Bailan con placer, se sientan en el suelo a la manera oriental e imploran terriblemente la venganza del cielo contra las ofensas terrestres.

El padre de Paska y de Sarvatore había muerto en la cárcel, condenado (¡Dios nos libre!) por homicidio. Sus hijos, naturalmente, decían que era inocente y todos los años Paska, en el lúgubre aniversario, renovando la "ría" (duelo) se lamentaba, se tiraba de los cabellos y cantaba versos funerarios improvisados; además enviaba un escudo a

su manera de terminar los quesillos, cortándolos en forma de pollitos o de liebres.

—¡Vamos! ¡Un tajo así no más y ya está, y no pierda tiempo en esas tonterías, ya que todo eso es para comer y nada más!

La joven se ruborizó y respondió con desdén:

—¿Qué sabe usted de esto? ¿Lo ha aprendido acaso con la leche de sus vacas?

Y esta vez fué Martinu quien se ruborizó. Con estas palabras, Paska le echaba en cara su pobreza.

—¡"Archibusata"!—díjose a sí mismo;—si otra vez me habla con ese tono, le doy una bofetada, tan cierto como Cristo es Dios.

Y se fué ofendido y mortificado.

Sarvatore pensó en injertar todos los olivos de sus terrenos sin cultivo. Quería transformarlos en una hermosa propiedad. El campo estaba situado en el valle de Isalle, cerca del río: una tierra magnífica y tan fértil cuanto se la podía desear.

Sarvatore procedió a la tarea con todo el ceremonial acostumbrado por los propietarios del Nuoreso. Invitó a todos los campesinos amigos suyos y a los injertadores más expertos. Todos proporcionan gratuitamente su trabajo, pero, en cambio, gozan de un bello día de jolgorio, animado de canciones y abundante comida acompañada de buen vino. Más que un día de trabajo, podría llamarse

que los ayudaban.

Paska era, como correspondía, la reina de la fiesta. Las demás mujeres, que permanecían alrededor de ella, como sirvientas, no la dejaban hacer nada; pero ella presidía todo, con su esbelta figura bizantina, siempre estremeciéndose, como los delgados juncos del río.

Echados aquí y allá, los campesinos cortaban con meticulosa atención, como cumpliendo un acto religioso, en los retorcidos troncos de los olivos. Pietro María Pinnedda, el famoso injertador, iba de un grupo a otro, examinando el trabajo con sus grandes ojos grises y picarescos. Tenía la cara encendida y una leve barba amarilla le doraba las mejillas.

Una vez metido el injerto en la incisión practicada en el tronco amarillo y fresco, lo ajustaba con un lacito de mimbre silvestre y luego cubría todo con una pasta hecha de tierra y mantillo, sobre la cual el dedo rápido y seguro de Pietro María, después de haberla amasado bien y comprimido alrededor del injerto, trazaba una cruz, como una plegaria y un presagio de éxito.

Por último aplicaba en el sitio del injerto un pequeño triángulo de hojas de higuera de la India, que lo protegerían contra los próximos y generosos ardores del sol. Así, de árbol en árbol, las

cabelleras revueltas de los olivos se alzaban sobre las hierbas altas, y los campesinos hablaban de bandidos, de negocios, de árboles, de mujeres y de aventuras antiguas. De todas las partes del predio surgían altas voces sonoras; a veces una canción extraña, semejante al grito salvaje de un alma que llorara cantando, se perdía a lo lejos entre los árboles—bajo los cuales la hierba formaba un amplio círculo de frescura más intensa,—y se desvanecía en el silencio del valle, sobre el río, más allá del río... Y las calabazas, adornadas con arabescos, colmadas de vino rojo, pasaban de mano en mano, calentando más aún la sangre de esos hombres altivos, de espléndidas dentaduras y trajes bastos y sombríos.

Martinu Selix hacíase útil en todo sitio; reía, enseñando los dientes muy apretados, y parecía feliz. Se le habría tomado por el intendente de Sarvatore que, por su parte, no hacía nada y paseaba por allí, con el contento pintado en el rostro y las manos atrás.

Más de un invitado sintióse disgustado por las maneras "demasiado patronales" de Selix; entre otros, Pietro María Pinnedda le dirigía a menudo una mirada fija y burlona.

El joven pelirrojo y de grandes ojos grises y



malignos, estaba enamorado de Paska y sentía celos por la amistad que Sarvatore demostraba a Selix. El aire de patrón que ese día se daba Martinu le incomodaba más que nunca, ¡y para incomodar a Pietro, una nadería era demasiado! Ya, por dos veces, habían cambiado palabras agrias, acerca de la manera de atar el lacito de mimbre. Martinu decía:

—No es necesario apretarlo mucho.

Y el otro aseguraba lo contrario.

Hablando de Paska, en un momento en que Sarvatore no estaba presente, alguien dijo, bromeando, no sin ironía:

—La casaremos con Martinu Selix.

—¡Archibusata!—respondió este último, centelleantes los ojos.—¿Te parece eso algo imposible?

—¡Archibusata!—dijo el otro.—Todo es posible en este mundo.

Martinu alzó los hombros, como diciendo: "¡Si yo quisiera!..."

Pietro María rugió de cólera pero no dijo ni una palabra; el asunto le interesaba demasiado y comprendía que se hablaba así en su presencia para irritarle.

—Si ustedes son astutos como el águila, yo lo soy como el zorro—pensó para sí.

Un poco antes de la comida, no sabiendo cómo hacer para repetir a Paska sus declaraciones, le dijo, con fingida amargura:

—Ahora sé por qué no quiere saber de mí.

—¿Por qué, "buitre sin barba",—preguntó la joven, dignándose mirarle.

—Porque tiene la intención de quedarse con Martinu Selix.

Paska lanzó un grito agudo, uno de esos gritos característicos de las mujeres de Oruna.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡El mismo!

—¡Mentira!

—¡Que me destripen si no es cierto!

Y repitió el diálogo, agregando algo de su cosecha.

Paska adquirió una expresión sombría; estuvo a punto de arrancarse la cofia, en señal de humillación y de despecho.

Pietro María, riendo so capa, le rogó que se callara, que no suscitara un escándalo; pero ella, ofendida en lo vivo, se prometió humillar ante todos a Martinu durante la comida.

Sentados en círculo, en el suelo, los invitados comían dispuestos los manjares sobre pedazos de troncos. Por todo cubierto tenían sus cuchillos. Más que el vino, la miel, ligeramente enfriada, sazonaba la comida. Empapaban en miel las blancas tajadas de queso fresco, la cuajada asada, la lechuga, el pan y hasta la carne. Algunos no comían más

que miel, chupando el jugo y arrojando la cera masticada.

Las frases picarescas iban de un lado a otro; las carcajadas sonoras vibraban en la sombra de los olivos viejos. Al norte y al este se desvanecían las montañas azuladas bajo la inundación de azul de un mediodía espléndido.

De pronto cesó la alegría; una nube pasó sobre el festín. Paska decía, volviéndose hacia Martinu:

—Ahí tienen al conde de Artea que quiere casarse con una dama. ¡Lástima que no haya ninguna en Oruna!

Martinu que hasta entonces había respondido con calma a las pullas de Paska, concluyó por enojarse, tanto más cuanto que el vino lo hacía más inflamable y provocador que de costumbre.

—Déjame en paz, Paska; yo no te busco. Sabes bien que soy un pobretón pero puedo hallar una mujer que valga más que tú.

—¡Oh, sin duda! ¡Nuestra señora de Valverde nos valga! Tú no quieres una mujer como yo. Lo que quieres es una como... tú.

—¿Y tú? ¿quién eres? ¿porque tienes dos céntimos para gastar?... Pero, ¡cuidado!: el mundo es una escalera y puede suceder que algún día mis hijos den una limosna a los tuyos.

Paska se puso tan roja como la franja de su vestido y dijo:

—Por ahora, soy yo quien puede dar la limosna.

Martinu arrojó al suelo violentamente una taza de latón que llena de vino tenía en la mano, y profirió un insulto contra la joven.

—¡Martinu! aulló Sarvatore.

—¡No te tengo miedo! ¡no tengo miedo de nadie!—gritó Martinu, hirviendo de cólera.—Todos ustedes no son más que perros sarnosos! No dependo de tí, Sarvatore Jacobbe, y tal vez tú dependes más de mí que yo de tí. ¡No te debo nada! No te debo ni pan, ni trigo, ni dinero, y tu hermana podía haberse evitado echarme en cara mi pobreza. ¡La pobreza no es vicio, Sarvatore Jacobbe, la pobreza no es vicio! Pero si crees que mi amistad te deshonra, yo...

—¡Estás borracho!

—¡Tú!

—¡Sarnoso!

—¡Tu!

—¡Basta!

La disputa siguió formidable y poco faltó para que las manchas de sangre se juntaran con las huellas de vino que profanaban la hierba. Los dos amigos se reprocharon cosas ignoradas por los demás presentes, y el rubor les subía a la cara, de vergüenza más que de cólera.

Las mujeres gritaban; pálida de susto, Paska se arrepentía de sus palabras y con frases hábilmente deslizadas trataba de apagar el incendio que había provocado. El incendio se apagó... Hasta pareció que los amigos se reconciliaban, y Martinu, que quería irse, fué retenido a la fuerza, pero no levantó más la mirada de sus ojos torvos a la cara de Sarvatore; y éste se quedó silencioso, apartado, muy ofendido por la escena escandalosa.

Volvieron al trabajo. Pietro María adoptaba aires de vencedor; Martinu reía sarcásticamente de vez en cuando, a medida que los troncos injertados eran marcados con la señal de la cruz.

Dos días después, Martinu Selix se ponía en camino para asistir a la fiesta de San Francisco de Luna. Partió al atardecer, a pie, sin sombrero, para cumplir un voto, la noche le sorprendió en mitad del camino; entonces el peregrino cambió de dirección y en lugar de seguir su camino para el lado de San Francisco, bajó hacia el Isalle y se internó entre los oleandros. A alta noche, mientras el santo rocío del cielo llovía sobre la naturaleza dormida, y las aguas del río reflejaban la gran faz misteriosa de la luna y era más intenso el olor de los juncos, Archibusata realizó su venganza terrible, sin armas. Arrancó de los troncos los injertos que habían sido practicados con tanta solicitud y tanta piedad.

Pero, cuando se disponía para saltar el cerco, un hombre se irguió, inexorable, delante de él, y a la pálida claridad de la luna brilló el caño de un fusil.

—¡Ya lo sabía, garduña perversa!—gritó Sarvatore Jacobbe.—Podría ahora mismo matarte como a un perro, pero haré algo peor.

Tres hombres surgieron de entre el matorral.

—Ya han visto—les dijo Sarvatore.—A este peregrino no lo mataremos, ¿eh? Tampoco lo denunciaremos. Martinu Selix, tú me servirás gratis, serás mi sirviente tantas semanas como árboles has asesinado.

La singular condena fué pronunciada con autoridad en la tranquilidad grandiosa del valle lleno de rocío. Martinu Selix continuó su peregrinación, pero, después de su regreso, entró como sirviente en casa de los orgullosos Jacobbe, y durante tres años sufrió su castigo moral y material.

Dib. de Rojas. Grazzia **DELEDDA.**

Una entrevista con San Pedro

Entre otros relatos de recibimientos en las puertas del cielo, se cuenta el siguiente que tuvo por protagonista a un prestamista cuya alma se preparaba a ingresar en la morada de los justos.

—¿Quién es usted?—preguntó San Pedro.

—Fulano de Tal, prestamista.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero entrar.

—¿Qué bien ha hecho en la vida para ser candidato a este lugar?

—Vi el otro día en la calle a una mujer decrépita y le dí dos centavos.

—Gabriel, ¿está eso anotado en los libros?

—Sí, San Pedro, está anotado en su haber.

—¿Qué más ha hecho?

—Una vez iba por el campo y encontré un muchacho que se moría de frío: le dí otros dos centavos.

—Gabriel, ¿está apuntado?

—Sí, San Pedro.

—¿Qué más ha hecho?

—Por ahora, no recuerdo nada más.

—Gabriel, ¿qué crees que podemos hacer con este individuo?

—¡Oh! devolverle los cuatro centavos y que se vaya al infierno.

Nuevo presidente del Círculo de la Prensa



Señor Horacio Castro Videla, que recientemente ha tomado posesión del cargo de presidente del Círculo de la Prensa, para cuyo puesto fué elegido en la última asamblea realizada por dicha institución.

Argentinos en la guerra



Señor Cleto Bellelli.

A medida que se fué revelando más claramente el verdadero significado y alcance de la bárbara guerra actual, ha ido gestándose en la conciencia de los pueblos que aún permanecen neutrales, la obligación ineludible de contribuir, moral y materialmente, al triunfo definitivo de la justicia y de la libertad entre los hombres, si es que el mundo quiere salvar el concepto de la dignidad humana.

La República Argentina no podía sustraerse a este supremo deber, y no pocos de sus hijos han llevado una mención gloriosa a las páginas de la historia patria, alistando en las legiones voluntarias de la sagrada causa, nobles y heroicos pechos que oponer a la barbarie agresiva y feroz.

Otro argentino más acaba de inscribir su nombre en la hermosa cruzada: el señor Cleto Bellelli, joven e inteligente oficial de reserva, del arma de caballería de nuestro ejército, que ha partido recientemente, a bordo del vapor "Garibaldi", con objeto de ocupar un puesto entre los valerosos ejércitos del frente de batalla italiano.

Estos hermosos rasgos con que la juventud marcha altiva al sacrificio, en aras de nobles y elevados ideales, merecen todos los favores de la fortuna y todas las simpatías de sus conciudadanos, no sólo por la desinteresada abnegación que les impulsa, sino por la bella acción ejemplar con que honran el suelo nativo y se enaltecen estas almas grandes.

En la Facultad de Medicina



Doctor Natal López Cross, uno de nuestros más reputados médicos cirujanos, con brillante actuación en el Hospital San Roque, que acaba de ser nombrado profesor suplente de patología quirúrgica en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

EXPOSICIÓN ALONSO



"El degenerado".

Juan Alonso, el talentoso artista tan ampliamente conocido del público porteño, ha expuesto en estos últimos días, en el salón Witcomb, un lote de notables obras, donde una vez más se revela la indiscutible maestría de su pincel.

Alonso es un artista consagrado por la crítica y por el público, y, en consecuencia, sobran las apologías.

Sabido es cómo se formó: su talento y su esfuerzo personal fueron los únicos factores que le empujaron hacia la cumbre; pero una vez en lo alto ha podido demostrar acabadamente que el nivel alcanzado se debe, no a circunstancias accidentales, sino a positivos méritos propios, por tanto, su jerarquía en el arte no es usurpada, sino perfectamente legítima.



"El cacique"



"Mariquiña la tonta"

En la técnica, en el colorido y en la concepción de sus obras, se encuentra el mejor exponente del temperamento artístico de Alonso, y con este bagaje puede afrontar confiadamente el juicio de la crítica más meticulosa.

La exposición Alonso despertó general interés en nuestros círculos de arte, y muchos "amateurs" desfilaron ante los cuadros, algunos de los cuales reproducimos en esta página.

LAS DANZAS CLASICAS



Corrida de costado, salvando un plano ascendente, que por la influencia que ejerce en el desarrollo muscular de la pierna, constituye uno de los ejercicios complementarios más importantes para la educación general del baile.



El profesor Harry Tomaroff en una de sus danzas predilectas.



Aída Ollivier, en la danza de las horas.



La misma alumna en la danza nocturna de Pierrot.

Nadie ignora que las danzas clásicas, en la amplia acepción de la palabra, constituyen un arte privilegiado a cuyas armonías y a cuyos encantos se aúna, desde luego, un innegable placer estético que deleita y entusiasma cuando el movimiento elegante y suave tiene en la música un aliado poderoso que lo complementa hasta colocarlo en un plano superior.

Requieren esas danzas, en primer término, flexibilidad y soltura, que interpretan en la variedad de los matices rítmicos una ''bacanal'', una ''gavota'', un ''momento musical'', en los cuales la línea debe conservar toda su armonía y su belleza para ofrecer en la transición constante el vigor en el conjunto y la pureza en el detalle...



Danza egipcia, por Hortensia Arnaud.

Entra, pues, en gran parte la gracia femenina capaz de dar sólo ella, colorido y realce a esa sucesión de movimientos ligados con acierto, íntimamente, sin que uno desentone después de otro.

Y así como la música es un arte que consiste en combinar sonidos, así la danza es otro arte que combina movimientos en impecable estilo...

Entre nosotros, las danzas clásicas comienzan a imponerse con todas sus características de arte, y a él se dedican ahora muchas niñas de nuestra sociedad.



Señorita Deosinda Cabezzuelo Giménez, en el arte clásico del imperio del sol naciente.

El profesor D. Harry Tomaroff, posee un apreciable conjunto de alumnas, hábiles ya en los denominados bailes clásicos, cuyo aprendizaje se efectúa en los salones de la academia o a pleno aire y a pleno sol, tal como lo muestran las fotografías que aparecen en estas páginas, y donde a la belleza de la danza en sí, se agrega la belleza del paisaje que forma, indiscutiblemente, un marco atrayente que destaca las siluetas y su gracia plástica

El sol les prestaba ese día el vigor de sus rayos luminosos y radiantes, y la diafanidad del firmamento azul y claro, parecía ofrecerles a manera de insuperable gala, los dones de la naturaleza, creación del Supremo, junto a ese arte, creación del hombre...

Y bajo la bóveda azul, al son de una música rítmica, acompasada, que por virtud de su propia armonía comentaba en su variada gama, y en sus transiciones melódicas, las distintas figuras ofrecidas por esas danzas, se presentaba aquel conjunto tan hermosamente coordinado entre sí, para llevar al espíritu una insuperable sensación de belleza, matizada a cada paso, a cada giro, a cada vuelta, por el continuo cambiar de las atrayentes siluetas, bien destacadas, en el magnífico escenario que le servía para practicar su arte.



Bailes griegos por las señoritas Aída Ollivier, Hortensia Arnaud, Deosinda Cabezzuelo Giménez y Estela Verona.

Canova, el famoso escultor italiano, en una de sus admirables obras, personifica a la Danza en una bella joven, cubierta apenas por tenue velo que deja entrever sus formas elegantes.

Una corona de flores orla su frente. Y la joven, con gracia exquisita, recoge con ambas manos sobre sus caderas, los pliegues de la túnica, y se yergue arrogante y gallarda sobre la punta de los pies...

Así ha sentido la danza aquel genial artista, y así ha plasmado la figura central de su estatua, sintetizando con admirable maestría y habilidad los secretos de ambos artes: el que cultivara y el que interpretaba con su cincel...

Por lo que respecta a la academia del profesor D. Harry Tomaroff, bien puede decirse que su labor ha sido provechosa.

Ha logrado formar un conjunto homogéneo, disciplinado, de graciosas y hábiles danzarinas, que en varias fiestas realizadas en esta capital, han tenido una participación lucida, pues revelaron además del aprovechamiento de las lecciones del maestro, la posesión de esa serie imprescindible de cualidades que requieren las danzas clásicas para provocar en el auditorio el placer estético que agrada y emociona y que surge espontáneo cuando aquella sucesión variada de movimientos se ejecuta con la gracia y la elegancia con que saben hacerlo aquellas alumnas.

La enseñanza que imparte el profesor Tomaroff, tiene, por base, como es natural, varios ejercicios gimnásticos y rítmicos complementarios, cuyo objeto, como se sabe, es provocar el desarrollo muscular de las piernas y la elasticidad que sólo se adquiere mediante la práctica asidua y metódica.



Señorita Estela Verona, interpretando una ''bacanal''.

Una de las fotografías que publicamos, muestra la forma en que se realiza el principal de esos ejercicios, en un plano ascendente al aire libre, aprovechando un accidente natural del bosque de Palermo, donde las alumnas del profesor Tomaroff complementan el aprendizaje de los bailes. Las otras fotografías se refieren a varios de éstos ejecutados también al aire libre.

Seester THORNE.



Gavota, por Hortensia Arnaud.

TEATROS





Rosarito Agueda, bella tiple genérica del elenco del Mayo, que a pesar de llevar solamente dos años de labor teatral, ha conseguido destacarse por méritos propios, perfilando un brillante porvenir artístico.

María Jaureguizar, la arrogante primera tiple, tan conocida y estimada del público porteño, que está obteniendo brillantes triunfos en el teatro Avenida.



Juanita Damel, simpática tiple perteneciente a la compañía que actúa en el teatro Mayo, donde por sus cualidades artísticas y su característica elegancia, es diariamente muy aplaudida.



Luz Barrilaro, la linda sevillana que con tanto éxito viene actuando como primera tiple de la compañía Muiño-Alippi, en el teatro Buenos Aires, y cuya meritoria labor artística aporta al género nacional un concurso de indiscutible valía.

LA SANTA

Antes de entrar se detuvo, mirando furtivamente a la calle, como temerosa de haber sido vista. El lacayo abrió la mampara de gruesos cristales biselados en cuya superficie ostentábanse, deslustradas, las cifras de la casa bajo la ducal corona, y dejó pasar a Isabel Ana, sonriéndole con ese gesto indefinible, mitad irónico saludo, mitad humillante compasión, que inspiran a los viejos sirvientes los parientes pobres de sus amos...

—¡Buena hora de recogerse, señorita Isabel Ana!

—Calle usted—ordenó, imperativa y preguntó: —¿La señora no se habrá levantado todavía?...

—Naturalmente que no se ha levantado la señora—respondió reticente.

Se mordió los labios por no contestar. ¡Estaba tan acostumbrada a tales insolencias!

Isabel Ana abrió la escalera muy aprisa, saltarina y nerviosa, apoyándose en la punta de los pies. Bajo el negro gorrito de piel que le cubría casi hasta las cejas, el rostro, muy pálido, se enmarcaba por las crespas marañas, de oro viejo, de la cabellera despeinada.

Al llegar a la meseta descansó. Tuvo un brusco movimiento de calofrío que transmitió a todo su cuerpo una vibración e hizo tintinear las medallas de la cadena que pendía de su garganta, y espurrió el agua recogida en el abrigo por la persistencia de la lluvia, finísima como orbayo, que sobre Madrid caía desde el amanecido.

Apercibió el llavín y abrió, cautelosamente, la puerta del piso. La tibieza perfumada de la antecámara le dió en el rostro como una plácida caricia de hogar. Lentamente, de puntilla por no hacer ruido, tactando en la obscuridad que las ventanas, cerradas, mantenían aún, Isabel Ana dirigióse a su departamento, contiguo a las habitaciones de prima Teresa. Tras la entornada puerta del dormitorio, la prima dormía aún.

Isabel, en su alcoba, sintió huir ahuyentadas por la triste luz mañanera de aquel día de febrero, todas las inquietudes sufridas desde la noche anterior en que su propia caridad, más que la altanera exigencia de la prima, le había obligado a correr junto a la cama del enfermo, solitario en la fría baraúnda del hotel, para velar con solicitud de enfermera el crítico amodorramiento de la fiebre.

Destocada del sombrero, Isabel Ana se hundió en el mullido regazo de la butaca que ante el balcón había, y esperó a que Teresa se levantara.



El Prado, solitario en aquellas primeras horas de la mañana, se atería bajo el frío de la invernada. Las largas filas de árboles escuetos, recortados sobre el fondo gris denso del cielo, cabeceaban lentamente escurriendo, por la seca maraña del ramaje, las gotas de la lluvia. Cruzaban veloces, envueltos en el livor amarillento de sus luces, los tranvías que elevaban en el silencio la vibración de sus campanas. Silbaba, a lo lejos, una locomotora.

La frontera línea de edificios, cerrados de ventanas y balcones, levantaban en Isabel la triste impresión de ser la única pobladora de aquella ciudad vacía y en su mente acrecentóse la visión clara de toda su soledad en aquella casona que la forzada caridad de tía Mercedes, le hubo de ofrecer a raíz de la muerte de su madre y en donde la marchita juventud de la huérfana transcurría con el fastidio de un bostezo, y la inquietud de una intrusa, bajo la rigidez severa y adusta de la tía, y la caprichuda y altanera condición de prima Teresa que tenían para la desvalida mujer, aquella sobrina política de marido muerto, todas las impertinentes altiveces de su condición y de su rango.

Ante los ojos anchos y profundos de Isabel Ana, que se aquietaban en una mirada obsesa, como abstraída en la contemplación de recónditos pensamientos, fué desfilando, ahora, toda su vida presente abrumada bajo el peso de tanta humillación. Y la crisis sentimental, que la febrilidad nerviosa del insomnio provocara, tuvo, en aquellas horas silenciosas y tristes de la mañana invernal, un florecimiento de lágrimas que fluían de los ojos, mansamente, humildemente, y corrieron, hilo a hilo, por sobre la blanca palidez del rostro, hasta amargar los labios entreabiertos en un suspiro que no acababa nunca...

—¡Isabel Ana!

Volvió la cara. Era la prima. Ante ella, Isabel, excusó:

—No he querido despertarte. Vine hace poco.

Sin responderle, preguntó:

—¿Cómo está?

Tuvo un generoso instinto de mentir. Teresa, impaciente, golpeó el suelo con el pie.

—¡No oyes, hija! ¿Cómo está?

Aun no quiso hablar, vacilando la réplica. Pero Teresa, exaltada en la violencia de su carácter:

—¡Cuidado, Isabel Ana, estás estúpida de puro boba!—exclamó.—Contesta de una vez.

Y, fríamente, como gozándose en el dolor que sus palabras produjeran, Isabel tuvo, en revancha de la injuria, la cruel voluptuosidad de toda la verdad.

—Mal, muy mal—explicó.—La noche la pasó con fiebre muy alta. Los médicos no se apartaron de la cabecera y han convenido en la urgencia de telegrafiar a sus padres. De madrugada fué preciso apelar al gorro de hielo, porque según el doctor Ribalta, el ataque cerebral es inminente...

Algo más quiso decir, colocada ya en el camino de tortura emprendido, pero le contuvo la atormentada actitud de la prima que rompió en un sollozo:

—¡Dios mío! ¡Virgen de mi vida!

Y la vió salir llorando, vencida por el brutal mazazo que la trágica revelación había descargado sobre el sagrario de sus ilusiones, mientras Isabel Ana sentíase ahogar en una ola de arrepentimiento y sus labios se fruncían con el rictus siniestro de una sonrisa de vengadora.

Sola de nuevo, Isabel, cayó sentada sobre el lecho, sin deshacer, una pierna sobre la otra y el rostro apoyado en la palma de la diestra, mientras mordía la yema de los dedos en un recóndito sentimiento de cólera hacia su propia crueldad.

Meditaba. Todo su presente, evocado por no sabía qué raro sortilegio, se mostraba a su consideración aumentando el pavoroso misterio del futuro, si la amenaza de tía Mercedes llegara a realizarse, siempre que toda la voluntad de Isabel Ana no se sometiera, anulada y desaparecida, ante la firme voluntad de Teresa. Y en más de una ocasión, cuando tras la violencia de una escena que la irritabilidad de la prima había provocado, doña Mercedes llegaba, intercesora, la huérfana sintió la dolorosa oleada de la vergüenza ascender hasta sus mejillas y romper en lágrimas, bajo la voz de la tía que reñía huraña:

—¡No te permito, ¿lo oyes bien, Isabelona? No te tolero que así violentes los deseos de Teresita. Es mi hija... lo único que tengo en el mundo... Y no es cosa de que tú vengas de la calle a perturbar la tranquilidad de por quien diera la vida si con ella allanara los obstáculos de su camino.

Y la madre, en el sagrado egoísmo de una maternidad que era infamia, salía con la hija, que fingía pesadumbre, mientras comentaba a manera de caricia:

—Déjala, hija mía, no le hagas eso. ¡Demasiado trabajo tiene con no saber agradecer cuanto hacemos por ella!...

Pensaba Isabel, y, a despecho de cuantas negruras presintiera en su futuro, experimentaba una honda, íntima sensación de reproche en la que la voz de la casta se elevaba en implacable demanda de rehabilitación al honor maltrecho. Y en su alma, rebelada con esa firme rebelión de los débiles que se deciden por suprema cobardía, se grabó la decisión inquebrantable de huir, de irse de aquella casa, de abandonar aquel hogar en que, desde su llegada, fué dejando jirones de la propia dignidad en un trágico duelo a muerte entre la necesidad de vivir y la enorme miseria que la vida le mostraba; alejarse de aquella casa donde en los semblantes de señores y criados veía la huérfana el gesto de una hostilidad, que era cansancio de la carga, en doña Mercedes; que era rivalidad de belleza y juventud, en prima Teresa; que era altivez cínica y soez, en la servidumbre.

Se interrumpieron sus ideas a la nueva entrada de la prima que llegó precipitadamente.

—¡Isabel Ana!...

Teresa se llegó hasta ella, se aproximó mucho. La constante audacia del gesto altanero habíase trocado en una sumisa expresión suplicante. La actitud imperiosa de su voz se había dulcificado en más tiernas inflexiones. En toda ella dejábase ver una dolorosa actitud de abatimiento que se acurrucaba contra Isabel Ana en una plegaria muda.

Asombrada la prima por tan insólita mutación, repetía:

—¡Teresa!... ¡Mujer!... ¿Qué te sucede?

En aquel momento la bondad de su alma de mujer ungióse de ternura. Y una honda satisfacción del propio egoísmo acariciado se elevó de su íntimo y floreció en una tenue sonrisa al verse solicitada de auxilio por aquella mujer, dominadora de siempre, que ahora lloraba junto a ella.

—Por tu vida, por cuanto quieras en el mundo, por tu madre, Isabel Ana... ¡cállalo todo!

—¡Eh!... —hizo, sin alcanzar la petición.

—Mamá ha sabido lo que has hecho... Se lo dijo el portero, lo confirmó la doncella... ¡Calla tú, por Dios, Isabel! Que no sepa mamá dónde estuviste...

—¡Pero!... —arguyó la prima.

—Y Teresa, sin dejarla hablar, se abrazó fuertemente a la prima y cogiendo entre el temblor convulsivo de sus manos, la cara sorprendida de Isabel Ana, murmuró con voz que era dolor de despedida, apecantumiento inefable de presentidas felicidades:

—Si hablaras, Isabel Ana, ¿qué sería de mí, qué de este loco cariño que le tengo y al que tan ciega oposición hace mi madre?... ¡Si tú supieras lo que es este querer con toda el alma!

Isabel Ana la rechazó suavemente, esquivando su cara a los besos con que la prima quería arrancar la plena concesión del silencio, silencio de afrenta que había de hundir a la inocente en el vergonzoso misterio de una noche pasada fuera del hogar...

Teresa junto a la prima, observa en suspenso la inmutabilidad de Isabel que, cerrados los ojos, la boca contraída en un frunce de amarga zozobra y la cara erguida, callaba como en atención y escucha de alguna misteriosa relación que de lo alto caía sobre el palor radiante de la frente, elevada en aquel instante, como una eucaristía de sacrificio... o de liberación...

—¡Isabel Ana!

Lentamente abrió los ojos. Doña Mercedes, en el umbral, la miraba con toda la fendiente altivez de su orgullo, reflejado en sus pupilas torvas y acusadoras. La hija, temerosa por la llegada de lo inevitable, se ocultó tras la prima que, en aquellos instantes, era para ella amparo y refugio.

—¡Isabel Ana! —volvió a farfullar doña Mercedes.

—Tía —dijo, al fin, Isabel, con voz que tenía firmes acritudes de reto.

Las dos mujeres, frente a frente, se miraron a los ojos. Y de ver era la fijeza fiscalizadora de doña Mercedes, frente a los ojos claros y serenos de la acusada, que mantenía la mirada con una fijeza de calma, tan grande, que era paz interior, heroica tranquilidad de martirio, que era, también, sagrada decisión al último sacrificio...

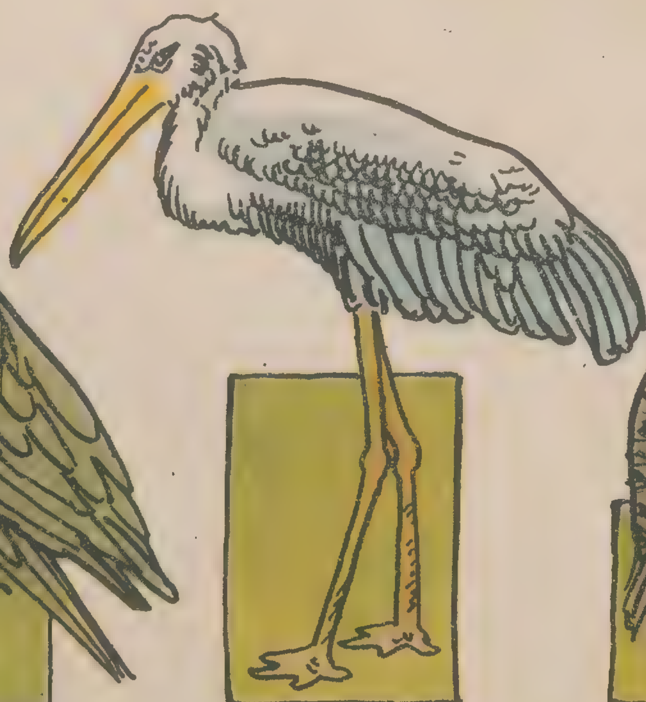
Doña Mercedes, implacable, acusó en imperiosa exigencia:

—Es preciso —repetía, —es preciso, Isabel Ana, que lo confieses todo. Me lo dijeron los criados, lo veo yo en el orden de las ropas de tu cama... Dónde estuviste y,... ¡qué fué de ti!... Habla,

(Continúa después de la página infantil)

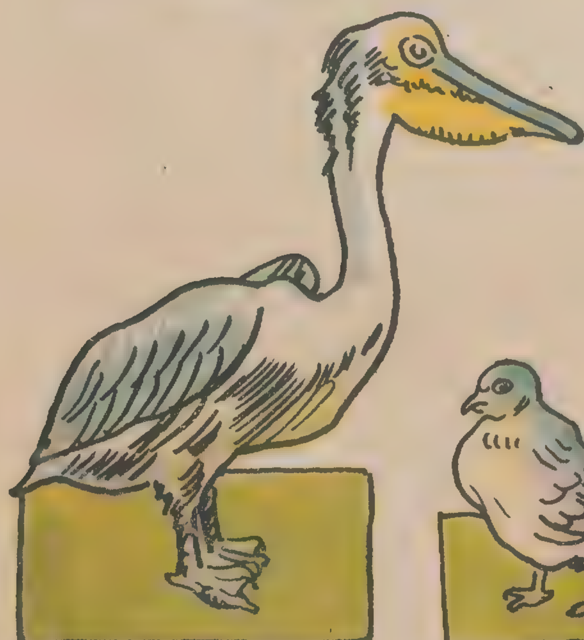
PAGINA INFANTIL. -- Los muchachos de Onelli

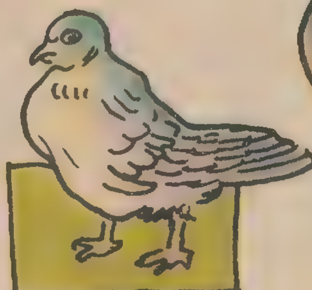

ÁGUILA


CIGÜEÑA


LECHUZA


GARZA

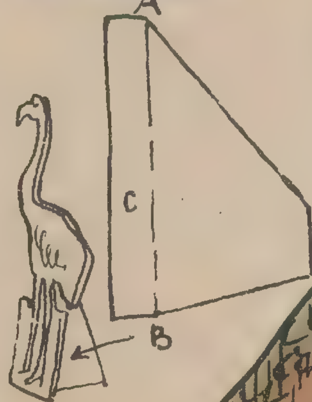

PELÍCANO

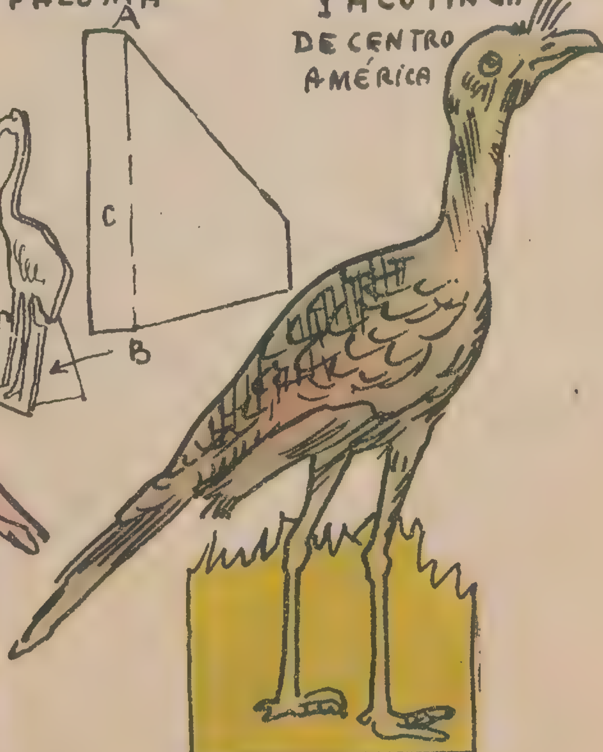

PALOMA


YACUTINGA DE CENTRO AMÉRICA


ESPÁTULA


IBÍS ROJO




GRULLA


FLAMENCO

Péguese la página sobre un cartón, para darle consistencia, recórtense las figuras y adhiérase al respaldo de cada nna un sostén como el que indica el diseño incluído entre los dibujos, con lo cual se mantendrán las aves en posición vertical.

(Continuación de LA SANTA)

responde, ya que tuviste la ingratitud de hacer caer sobre esta casa, que debió serte sagrada, toda la vergüenza del deshonor...

No contestaba. Aquel era el momento en que había de resolver la orientación de toda su vida. La acusación, certera como un floretazo, le dolió en el corazón y hendía la blancura impoluta de su alma con la bruida daga de la sospecha humillante. Vaciló. Fué a defenderse, a gritar, a exigir con todos los bríos de la dignidad ultrajada un poco de respeto o un poco de piedad.

Miró a la tía, claramente, altivamente. Junto a la madre, prima Teresa rompió el difícil silencio.

— Madre, madre — suplicaba, — perdona a Isabel Ana...

Y se abrazó, llorando, al cuello de la martirizada. Fué entonces cuando la indignación de doña Mercedes, roto el dique, puso el epílogo de crueldad. Bruscamente, se interpuso entre las dos mujeres y separándolas, barbotó, exaltada como en un vértigo de repugnancia.

—No, hija mía; eso no. Déjala sola. Ven. Que no es bastante la bondad de tu corazón para que te contagies de tanta vileza...

Y encarándose de nuevo con Isabel Ana, concluyó, solemne y vertical, como un anatema:

—Por que tu contacto mancha... ya, Isabel; porque tu presencia repugna en esta casa, donde fuiste querida como una hija, cuando no merecías más consideración que una mujerzuela... y donde no debiste volver nunca...

La dura frase silbó en su rostro como un trallazo.

—¡Tía! ¡Teresa! Un poco de piedad, que no fuí tan mala... ¡Dios lo sabe! Y mi madre, desde el cielo, lo sabe también. ¡Madre mía!...

Rompió a llorar desconsoladamente como perdida en la inmensidad trágica de la vida, y cayó tronchada sobre el lecho, la cara entre las manos y la cabeza hundida en los almohadones, bajo la mirada señera de doña Mercedes, que repitió:

—...Y donde no debiste volver nunca. ¿Lo entiendes, Isabel Ana? Porque donde pasaste la noche has debido quedarte para siempre... ¿Lo entiendes, Isabel Ana?

Tras la vidriera, Isabel Ana, aquietada en esa calma trágica que precede a las grandes decisiones inquebrantables, se abrumaba en recónditas meditaciones. Durante todo el día, desde la hora en que sintió pesar en su frente el estigma siniestro que sobre ella cayó desde los labios de la tía, su alma, ungida en la desesperada fortaleza del dolor, tuvo la rápida visión de su estado actual, lejos de la vida que, para ella, jamás cantara en un solo momento de felicidad; apartada de cuanto fuese dulce aracentamiento del espíritu; rota toda esperanza, sin que jamás entre las densas neblinas del futuro, viere surgir la piedad de unos brazos que se tienden en ofrenda de amparo; ni en el cielo negro de su horizonte fulgiera la luz de amor de unos ojos que fueran faros de ilusión;... ni en la fronda marchita de su jardín floreciere la flor de una sonrisa; ni en el gélido ambiente de su hogar, vacío de amores, encontrase la dulzura tibia de un pecho donde reposar el dolor de su frente, blanca y marfileña como una hostia que esperaba la consagración de un beso que no llegaba nunca...

"No mereces más consideración que una mujerzuela".

Sintió la inaplazable decisión de hablar claro, de contarlo todo, a despecho de desgarrar, con la confidencia, los anhelos de amor que vivían en el alma de prima Teresa.

Aprisa salió de su departamento atravesó el pasillo, cruzó la antecámara y llegó a las habitaciones de la tía.

La doncella le salió al encuentro.

—La señora—dijo—salió esta tarde con la señorita Teresa.

Le abatió una gran desesperanza. A los momentos de decisión sucedía, ahora, la clara evidencia de su estado. Mas la lógica enorme aplastó todo rozamiento de esperanza. No fué, lo acaecido, sino explosión de la esquiva pesadumbre con que su presencia fué soportada por la tía. Y en la generosa e hidalga complexión de su temperamento se grabó, al fin la norma exacta de su deber. Y su propio honor mancillado—del que sólo la duda fuera mancilla—buscó el desquite a costa hasta del propio egoísmo, derrotado ya. Que bien bastaba, a tanta humillación sufrida, el orgullo de mostrarse generosa ante los ojos de la prima, a la que prodigaba el auxilio de su silencio.

Por otra parte ¿tenía ella derecho, sin caer ante su propia conciencia en abominable pecado de crueldad, a truncar la felicidad de Teresa, encarnada en aquel noviazgo al que la sórdida condición de tía Mercedes oponía la barrera tenaz de su intransigencia?

Salió a la calle. Un frío penetrante le acuchilló el rostro, haciéndola lagrimear. Anduvo unos pasos y volvió los ojos. Tras el cuadro de oro de los balcones iluminados, la figura de la prima recortaba su silueta en vencida actitud de pesadumbre.

Era el dolor, que sobre ella batía también sus alas; que era ley de vida no evadirse del trágico contagio...

Y en un reflorecer de tardío cariño, supo sentir la indulgencia que merecía aquella pobre niña débil, caprichuda y vacía que se consumía de amor por un hombre, hacia el que no supo sentir el heroísmo de cederlo a despecho de las férreas ligaduras maternales...

Después, siguió andando, sin rumbo fijo, sin saber a dónde...

Flaqueaban su voluntad y sus músculos... Aun continuó. Iba hacia adelante, hacia donde el azar la empujare, romera de dolor, sin mano que fuere guía ni labios que le ofrecieran consuelos de peregrinación.

Iba allá, hacia la abyección o la santidad, hacia la risa o la miseria que, en aquella hora solemne del destino era, para la huérfana, sombra y enigma impenetrable.

Vacilaba como ebria y hubo de arrimarse a un árbol por no caer. Miró en todas direcciones. La calle estaba solitaria bajo el frío de la lluvia...

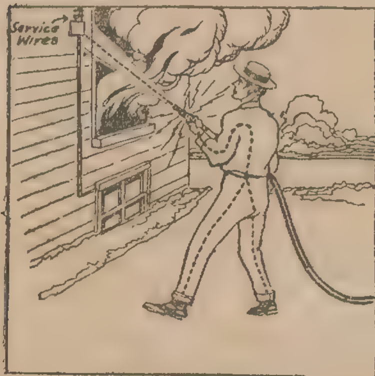
Y fué entonces cuando, sola y perdida en la inmensidad de la noche, sintió todo el desconsuelo de su abandono agolparse a su frente, oprimir su pecho y apretujar en su garganta con un hipo convulsivo... Sus manos, crispadas, se tendieron al vacío como en impetración de misericordia y se abrazó al árbol, llorando con sollozos que eran vagidos de niña que busca cobijo en el regazo de la madre ante el miedo pavoroso a lo desconocido...

Luis G. HUERTOS.

Cómo se evitan las descargas eléctricas

En nuestra capital son numerosos los accidentes, con frecuencia mortales, ocurridos a personas que reciben un sacudimiento eléctrico ya por defectos de la instalación de alumbrado que aquí no está sometida a las rigurosas condiciones de seguridad que se exige en otros países, o por tocar inadvertidamente alguna parte ''viva'' de la instalación en condiciones que provocan una descarga muy fuerte. En este último caso ha sucedido que una persona ha muerto simplemente por tocar la rosca en que va encajada la lamparita, mientras la víctima se hallaba en el baño. El agua, la bañadera de metal y las cañerías son extraordinariamente apropiados para conducir la corriente eléctrica, de manera que toda la fuerza de ésta atraviesa a la persona situada como hemos dicho. En Buenos Aires el peligro es mucho mayor: la corriente tiene un voltaje de más poder que el que se permite en otros países y sobra para matar a un hombre.





Sin embargo, algunos accidentes podrían ser evitados teniendo presente las siguientes indicaciones:

Cuando se está en el baño no se deberá tocar jamás ninguna pieza de la instalación eléctrica, ni siquiera los hilos forrados.



No se toque ninguna llave ni rosca de lamparita cuando se esté en contacto con una pieza de metal unida al suelo, por ejemplo un caño. Conviene hasta exagerar esta precaución, pues conocemos casos de personas que han recibido un sacudimiento peligroso mientras, de pie sobre suelo de baldosas, limpiaban exteriormente la muesca metálica de la lamparita. No se toque ninguna llave o timbre o parte usual de la instalación con trapo húmedo o mientras se tiene el calzado húmedo. Para hacer la limpieza de los artefactos eléctricos se debe cortar primero la corriente quitando los ''tapones'' o cerrando la llave principal cuando ésta exista junto al medidor.

Si el suelo está mojado o húmedo, no se tocará llave o parte metálica externa de la instalación, a no ser que uno se ponga de pie sobre una tabla bien seca o unos cuantos diarios.



Han ocurrido casos en que un bombero ha recibido una descarga eléctrica mortal en el instante en que el chorro de agua de la manguera que manejaba llegó a tocar alambres eléctricos de alta tensión. Lo que en esas circunstancias ocurre es lo siguiente: la corriente eléctrica pasa por el chorro de agua, que es buen conductor, y llega al pico de la manguera y como éste es de metal, la recibe y la comunica a la mano del hombre y, pasando por el cuerpo, la corriente se descarga en el suelo. Conviene, pues, que los bomberos no empuñen la manguera por el pico de metal o rodeen a éste de una tela aisladora.



Recomiéndese a menudo a los niños que juegan en las azoteas que no tengan en sus manos alambres con los cuales puedan alcanzar el cable del tranvía eléctrico.

No se haga uso del teléfono durante las lluvias violentas acompañadas de truenos.

Los hilos de la instalación eléctrica de la casa deben estar separados de la pared por medio de aisladores de porcelana.

¿Quién fué Fra-Diavolo?

Para muchas personas, ''Fra Diavolo'', el tristemente famoso bandido calabrés, cuya accidentada existencia, llena de dramáticos episodios, sirvió al poeta Scribe y al músico Auber para dar al teatro una de las obras más entretenidas del repertorio lírico que hacía las delicias de nuestros progenitores; para muchas personas, repetimos, esa figura es simplemente la de un vulgar salteador de caminos, o bien creación de algún espíritu novelesco.

Que ''Fra-Diavolo'', o Michele Pezza — que tal era su verdadero nombre — existió, cosa es harto demostrada.

Las numerosísimas hazañas del ''brigante'', terror de la Calabria desde 1780 a 1796, constituían en aquella época tema obligado de conversación en toda Europa, y no fueron pocos los libros escritos tanto en Italia como en Francia, narrando la vida del terrible forajido.

Su ferocidad era tanta cual su valentía, y de ésta es prueba el que además de hacer frente él solo, en multitud de ocasiones a los ''carabinieri'' del rey Fernando IV, a raíz de sus grandes robos, íbase a Nápoles y, vestido elegantemente de caballero, paseaba por los sitios más concurridos, no obstante tener puesta a precio la cabeza.

Cuando en 1798 el cardenal Ruffo, con un puñado de hombres, trató de oponerse a la invasión francesa, ''Fra-Diavolo'' ofreció al gobierno de Nápoles su apoyo para rechazar a los extranjeros, dándose el caso extraño de que la proposición fuese aceptada tras de la concesión de un total indulto. Y no sólo perdonó Fernando IV al bandolero los delitos cometidos, sino que le nombró en el acto coronel de guerrilleros.

De conformidad con lo pactado, ''Fra-Diavolo'', a la cabeza de una partida de 200 hombres, dió serios disgustos a las tropas de Bonaparte mandadas por el general Championet, logrando derrotarlas en varios encuentros. Mientras que el cardenal Ruffo llevaba a cabo el sitio de Nápoles, ocupado por los franceses, el antiguo salteador de caminos, convertido en estratega, ponía cerco a Gaeta, logrando rendirla y devolverla a los Borbones, casi al mismo tiempo que Nápoles se entregaba en manos del cardenal.

Restaurado en su trono Fernando IV, decidió librar a Roma del poder francés. Tuvo que desistir, no obstante, de dicho propósito, por el pronto, escaso como estaba de dinero y de hombres. Pero he aquí que ''Fra-Diavolo'' con sus invencibles guerrilleros, antiguos colegas de aventuras de encrucijada, penetra impetuosamente en Roma y lleva un terrible ataque a los franceses.

Vencido, al fin, por el número, le capturan y encierran en la fortaleza de Sant' Angelo, sometiéndolo a juicio sumarísimo, en virtud del cual es condenado a muerte. ''Fra-Diavolo'' logra escaparse de su mazmorra pocas horas antes de la señalada para su ejecución, y llega sano y salvo a Palermo, donde se encontraba el monarca. Tanto admiró a Fernando IV la proeza de su coronel, que le concedió al momento el título de Conde de Santa Andrea, y una pensión anual de tres mil ducados.

Al invadir Massena en 1806 el reino de Nápoles, volvió a reaparecer ''Fra-Diavolo'' con sus guerrillas. Siguiendo sus consejos, dieron los generales ingleses y borbónicos la batalla de Maida a las tropas de Napoleón, consiguiendo sobre ellas una brillantísima victoria. Otros triunfos de menor importancia alcanzó el valeroso ''condottiere'' sobre los generales Valentini y Hugo, padre éste del inmortal autor de ''Los Miserables''. Por último, la traición de uno de los parientes de ''Fra-Diavolo'', le entregó a los invasores, quienes con objeto de evitar que volviera a escapárseles el pájaro de la jaula, lo ahorcaron en Nápoles, a las pocas horas de la captura, no sin que el general Hugo, grande admirador de la valentía y del saber militar de ''Fra-Diavolo'', hiciera inauditos esfuerzos por salvarle.

Y aquí entra lo más curioso de la vida del novelesco personaje. Aunque criado y educado por una familia de artesanos de Itri, Michele Pezza no tenía gota de sangre plebeya en sus venas. Para que todo fuera extraño en la existencia de este hombre, supone un biógrafo, en libro que extractamos, que debieron ser sus padres personas muy principales de Nápoles, lo que explicaría al fin y al cabo, la protección dispensada al ex bandolero por el rey Fernando IV.

Antes de lanzarse Michele Pezza a la vida de bandidaje, fué honradísimo obrero, empleado, durante seis años, en un telar de Itri. Unos amoríos desgraciados, a consecuencia de los cuales dió muerte a los dos hombres que le disputaban el cariño de su amada, le determinaron a entrar en



—Nuestros héroes incendiarios han demolido la casa de La Fontaine en Chateau-Tierry. ¡Hoch!: es un kolosal triunfo literario!

la religión, siendo admitido como novicio en un convento de Calabria. Próximo a profesar, se atravesó en su camino cierta bella penitente, que dió al traste con los santos propósitos de Michele, obligándole a abandonar el monasterio.

Dos meses después, y sin duda porque Pezza tenía mal sino en cuestiones amorosas, se vió suplantado en los favores de la bella por un gallardo oficial de gendarmería. Surgió el inevitable lance, murió en él, de una estocada, el oficial, y Michele, a fin de evadir la pena capital señalada a los duelistas en Nápoles, por aquél entonces, huyó a las montañas, después de haber dado muerte a la mujer que originara su pérdida. Esto ocurría en 1779, y ya en 1780 se registraba la primera fechoría de Pezza, quien entrando a saco en la quinta de un noble calabrés, entrególa luego a las llamas, haciendo fuego con sus secuaces sobre las gentes que intentaban salvar del siniestro los grandes tesoros artísticos que en la misma se encerraban.

Tal fué la verdadera personalidad del famoso Fray Diablo, apodo con que le designaran los aldeanos calabreses, recordando que el que ejecutaba, con endiablada crueldad, los delitos más horribles, había estado a punto de hacer vida de penitencia y de oración.

La obra de Rojas

De "Crítica", el muy difundido, espiritual, cáustico y antisolemne colega porteño, transcribimos complacidos:

"CRITICA" EN ESTADOS UNIDOS —Rojas el Raemakers de S. América—Opiniones de la prensa norteamericana.

"The San Francisco examiner", importante diario del Oeste americano, con fecha 16 de junio nos hace el alto honor de dedicar una página a los dibujos de Rojas publicados en "Crítica", después del comienzo de la guerra.

Transcribimos algunos párrafos del juicio de ese diario:

"Los dibujos reproducidos en esta página, vienen a introducir el Raemakers de Sud América entre el pueblo de los Estados Unidos. Procedentes del lápiz de Rojas, apareciendo de tiempo en tiempo en "Crítica" (Buenos Aires), dichas notas gráficas han contribuído no poco a acarrear la solidaridad de Sud América en la lucha que las naciones aliadas sostienen contra Germania.

"Ellos interpretan el espíritu actual de los países sudamericanos y expresan, al mismo tiempo, con extraordinaria certitud, los motivos que han obligado a prepararse para la guerra a los Estados Unidos. La futilidad de la barbarie germana y la confesión de sus últimas derrotas, resaltan admirablemente de la obra de este gran dibujante.

"Es la primera vez que los trabajos de Rojas aparecen en publicaciones de los Estados Unidos, aunque ellos habían ya llegado hasta nosotros, vía París, por intermedio de los diarios de Hearst.

"Crítica" ha confeccionado un álbum con una serie de Rojas, en la cual figuran los dibujos que reproducimos. El sentimiento y los propósitos de las comarcas sudamericanas, se reflejan en la introducción a dicho álbum."

"A continuación el diario aludido transcribe un largo fragmento del prólogo de nuestro álbum, junto con seis de los mejores dibujos de nuestro querido Rojas.

El médico de mi pueblo

En Granada no había estudiante que no conociera a don Torcuato Méndez de Vivas, natural de Guadix, descendiente por línea recta, según él decía, de los Méndez de Sotomayor, que conquistaron a Vélez y Málaga, y nieto de aquel famoso monterilla que con siete vecinos del pueblo de Cuéllar de la Sierra resistió a toda una columna francesa allá por los años de 1812, en el desfiladero de los Gaitanes chicos. Don Torcuato era médico y había hecho su carrera aprovechando las ventajas que a la enseñanza libre concedió la Revolución Septembrina. Tenía ya sus cuarenta y pico de años cuando se hizo apuntar en la primera matrícula de su carrera en la secretaría de la universidad granadina, y según refería Pepe el conserje, era de lo menos inteligente que por aquellas aulas había pasado, ¡y eso que pasaban tantos de sentido nulo! Pero como veían su buena voluntad y el pobre si no aprendía no era porque no se pasaba día y noche sobre los libros de Patología y Terapéutica, los profesores fueron benévolos y el 21 de junio de 1874 le otorgaron el título de Licenciado en Medicina y Cirugía. Como no tenía enfermos que visitar, ni consultas que oir, ni clientes que le molestasen, el novel galeno, por gratitud o por capricho, era raro el día que no se daba sus paseítos por los patios de la Escuela de Medicina. Admitía bromas de todos los estudiantes, conversaba con varios, regalaba cigarrillos a algunos y daba consejos a los más desaplicados. Era allí una verdadera institución como por entonces lo era en la Facultad de Derecho un simpático arabista, con sus ribetes de escritor, que también concurría a diario al patio de la Universidad, como don Torcuato a los de San Juan de Dios.

Pero es el caso que la influencia de un primo suyo, diputado provincial y cacique de ciertos pueblos de la Alpujarra, le alcanzó la plaza de médico titular de la villa de Serranilla de Abajo, con 1.500 pesetas de sueldo, igualas y otros provechos.

Es difícil pintar la alegría del bueno de don Torcuato, que al saber la noticia convidó a todos los estudiantes que encontro a su paso y que hicieron no escaso gasto de dulces en la más surtida confitería de la calle de Mesones. Hasta se cuenta que un grupo de traviesos escolares subió a la Torre de Santa Paula y aprovechando un descuido del sacristán, voltearon las campanas con extrañeza de los vecinos que buscaban razón para aquel extemporáneo repique.

El médico tomó posesión de su cargo y desde el primer día empezó a demostrar su incapacidad científica, que los habitantes de Serranilla de Abajo no entendieron bien, pues como don Torcuato hablaba mucho y largaba no pocos latines le tuvieron por un sabio, aparte de las opiniones que confidencialmente se trasmitían el cura, el boticario, el albéitar y el maestro de escuela, que más que en otras ocasiones pedían a Dios una salud completa que les librase de las visitas del nuevo médico.

Empezó a recetar y comenzó el cementerio, que por cierto era pequeño, pero sobrado para las necesidades del pueblo, a llenarse de cadáveres. El sacristán estaba contento de ver cómo aumentaban los derechos de entierro; el juez municipal no cesaba de apuntar defunciones en el registro y el sepulturero enterró en seis meses más gente que en los siete años que llevaba cumpliendo su nada agradable misión.

Empezaban ya los vecinos a quejarse del médico y a protestar de sus sangrías y de sus recetas, cuando una noche don Torcuato se sintió indispuesto; un dolor agudo le hizo sufrir lo increíble, y a la madrugada entregaba su alma a Dios en los brazos de su sobrina Teresa, una rubia archimonísima y requetegraciosa, y asistido del padre Fernando coadjutor del pueblo, y un bendito como hay pocos.

A las dos horas de haber expirado se abrió su testamento, y como diera la casualidad de encontrarme yo en el pueblo, adonde me llevaron asuntos de política, pues en aquella época tenía el mal gusto de politiquear demasiado, fuí uno de los testigos que se llevaron al acto de la apertura de dicho testamento, que era copia del extendido por don Camilo, el viejo notario de Orgiva, dos meses antes.

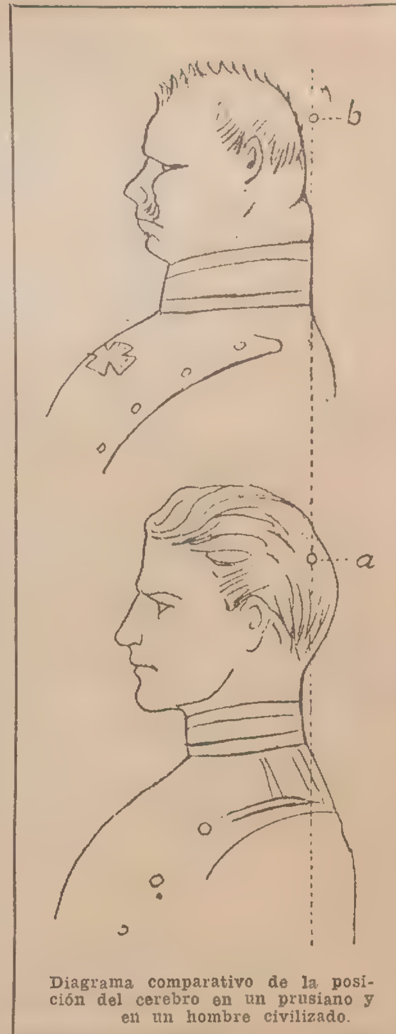


Diagrama comparativo de la posición del cerebro en un prusiano y en un hombre civilizado.

Don Torcuato dejaba todos sus bienes a su sobrina, instituía varios legados para criados y protegidos, mandaba decir no sé cuántas docenas de misas y, finalmente, ponía una cláusula que decía así:

"Siendo tan grande la gratitud que profeso a este pueblo de Serranilla de Abajo, donde he ejercido con provecho y honradez mi carrera de medicina, quiero que se me entierre en el centro del cementerio, en un ancho y lujoso panteón, "rodeado de clientes", a los que con tanta predilección miré..."

Cuando se leyó esta cláusula estaba presente el "Tío Palustre", que era el enterrador del pueblo, quien con los ojos húmedos, la boca entreabierta y la actitud más resignada posible no perdía frase. Pero al oir la cláusula en que don Torcuato mandaba que se le enterrase entre los clientes, torció el gesto y dirigiéndose al señor cura exclamó:

—Padre, eso sí que no pué ser. En eso no se le pué dar gusto al defunto.

—¿Y por qué?—¿replicó el sacerdote?

—Porque en los seis meses que ha sío meico el bueno de don Torcuato, no ha quedao en el cimenterio ni sitio pa enterrar un mosquito.

Narciso DIAZ DE ESCOVAR.

La Universidad de Yale

Es sin disputa la más famosa de los Estados Unidos, comparable por su nombradía a la de Salamanca, en la España medioeval; a las de Oxford y Cambridge, en Inglaterra; la de Bonn, en Alemania; la de Pavía, en Italia, y la Sorbona, en Francia. Se estableció en Saybrook, el año 1701, y cinco años más tarde fué trasladada a New-Haven. Se la llama Universidad de Yale porque en 1718 un caballero londinense, llamado Elihu Yale, donó la suma de 562 libras esterlinas (cuantiosa en aquella época) para iniciar una biblioteca y regaló un retrato del rey. Todos los años se celebran reñidísimos partidos de pilapié entre los alumnos de la Universidad de Yale, contra los de las no menos famosas de Harward y Princeton, en la amplia cancha llamada vulgarmente "el platillo de Yale", que mide 286 metros de largo por 230 metros de ancho y costó 500.000 dólares. Caben en las localidades de la cancha 60.617 concurrentes.

INQUIETUD



—¿Y si bajara y se posase en un papel cazamoscas?

MIS LECTURAS

IX

DON JUAN MONTALVO

La sinceridad pasional del concepto y la nobleza del pensamiento tienen en don Juan Montalvo el exponente más alto con que la América española se enorgullece al escuchar las vibrantes sonoridades de su lengua. La atracción que engarza la idea con la forma al reproducir el acento varonil del hombre con la dulzura sentimental de la mujer, vibra al contacto que inmortaliza la juventud. La música de su letra fascina como las voces lejanas que se oyen al caer de la tarde en esa hora misteriosa en que la luz se confunde con la sombra. La lírica adquiere el revuelo inmortal que burila el pensamiento, al trazar con el mágico pincel de su estilo el cuadro magistral de la odisea en que el alma teje el idilio siempre renovado de la vida. Rebelde, en sus rebeldías, alumbra con el rojo resplandor del apóstrofe que azota. Noble en el pensar, noble en el sentir, la grandeza moral de la idea se confunde con la intensidad afectiva del pensamiento.

Inútil sería seleccionar las páginas de la obra que Montalvo escribe con su vida. Todas, sin excepción, tienen la prístina limpidez con que se labran las ideas cuando se orientan por la justicia y el amor las encadena. Las palpitantes energías de este hombre lacerado por el destino, pueden y deben servir de ejemplo y enseñanza en las noches obscuras y tormentosas de la historia. Cuando en las expansiones de la juventud se mantiene pura la conciencia, sugestiona con el acento que ennoblece su dolor y la vibrante sinceridad de su alma.

Los rebeldes transforman la vulgaridad que se pasea con Gil Blas triunfante por el mundo al ascender por la áspera ladera donde se vence con la muerte. Don Juan Montalvo me produce desde los días de mi adolescencia esa impresión al ver como la hidalguía humana que fundamenta la justicia y radica en la conciencia, tiene en sí misma el eje central de sus propios movimientos. Cuando afirma con esa sinceridad tan difícil, que los plebeyos, por ejemplo, pueden alcanzar el pedestal de la aristocracia iluminados por la luz de la inteligencia y la energía de la virtud, trasparenta el postulado que Sócrates inmortaliza. Salta de cumbre en cumbre con la rapidez instantánea con que el genio salva las distancias y establece el paralelismo entre la belleza, que es siempre la soberana del mundo, y la nobleza, que es siempre la justicia de la vida. Los ojos se nublan por la emoción que producen aquellas páginas que van eslabonando las tristezas humanas para darles, en definitiva, la sentida provocación del valor y la varonil hidalguía del amor. El valor y el amor que se entrelazan, la vida que surge y la energía que fortalece, la cuna en que se inicia y la tumba en que termina, círculo infinito, curva ilimitada, por donde ruedan en tropel todas las pasiones, todos los sentimientos, todos los afectos que el hombre idealiza, tienen en las páginas de Montalvo el poder que cristaliza la acción al exhibirla como ejemplo y enseñanza.

Conviene escuchar las voces de los grandes rebeldes de la historia. Vencidos o vencedores, enardecen el entusiasmo y fortalecen la energía, cuando la juventud se inicia en el duro batallar de la existencia. La energía que es siempre rebelde, la rebeldía que es siempre enérgica, al entrelazarse, producen esa fuerza que empieza con la protesta y vence con la historia, para escribir, luminosa en cada hora, el postulado que preside los destinos humanos: las utopías del presente son las verdades del porvenir.

José BIANCO.

La esposa de un primer ministro inglés

El gran político inglés Disraeli casóse con una dama muy rica y que amaba a su marido de una manera algo indiscreta quizás, pero que a veces llegaba al heroísmo. No veía en el mundo más que a su "Dizzy", como llamaba familiarmente a Disraeli.

Una tarde que lo acompañaba a la Cámara de los Comunes, la portezuela del coche, al cerrarse, tomó los dedos de la señora. A pesar del dolor violento que sentía, no hizo esfuerzo alguno para retirar la mano ni dijo una palabra, por no distraer las ideas de su marido, y sólo cuando éste se hubo alejado llamó al cochero para que abriera la portezuela.

En ocasiones su admiración por el marido la colocaba en situaciones ligeramente ridículas. Alguien elogió en su presencia el aspecto físico de una persona. La esposa de Disraeli exclamó al punto, ingenuamente: "¡Oh, si usted viera a mi Dizzy en el baño." Otra vez, hallándose de huésped en una residencia señorial, en la que se había dado a Lord y a Lady Hardingue un dormitorio al lado del de la señora de Disraeli, ésta, a la mañana siguiente, decía: "¡Qué feliz soy: he dormido entre el mejor orador y el mejor general de nuestro tiempo!"

Una dama, muy beatona, había comprado una casa que contenía cuadros de mucho valor; lo primero que hizo fué hacer retirar todos los cuadros que representaban desnudos.

Pero por casualidad quedó uno de ellos en la habitación que debía ocupar Disraeli con su esposa. Al día siguiente ésta dijo a su huésped: "Su casa está llena de cuadros indecentes; hay uno horrible en nuestra pieza. Disraeli dice que representa a Venus y Adonis. He tenido que estar despierta la mitad de la noche para impedirle que lo mirara."



"Soldados búlgaros arrojaron piedras al tren en que viajaba Carlos I".

Carlitos. — ¡Pobre gente! sin pan, sin papas, no pueden ofrecernos más que piedras.

La primera limosna

Murió la madre, y el niño
en la más triste orfandad,
falto de pan y cariño,
fué a implorar la caridad;
mientras su alma atormentaba
el pensar que no vivía
la madre que lo besaba
y en sus brazos lo dormía.

A una casa se acercó,
y le salió a responder,
cuando a la puerta llamó,
con un niño una mujer.
Y mirando a aquellos seres
el rapaz con embeleso,
al preguntarle:—¿Qué quieres?
Contestó, llorando:—¡Un beso!

José RODAO.

Asociación Nacional de Cultura Física

Proyecto del diputado nacional Rodolfo Moreno (hijo)

Encuesta de FRAY MOCHO

De D. Antonio A. Aguirre, presidente de la Liga Bancaria de Football.

El proyecto presentado a la cámara de que forma parte, por el diputado nacional doctor Rodolfo Moreno (hijo), viene, en mi concepto, en momento oportuno.

La difusión adquirida por los deportes en nuestro país, hacía necesaria la fundación de una entidad, que como la proyectada, aúne esfuerzos, dé mayores impulsos y estimule la acción de las asociaciones deportivas.



Señor Antonio A. Aguirre.

Considero bueno el proyecto, y si hay reparos que deben formularse en el articulado respectivo, no son por cierto detalles fundamentales, sino fácilmente subsanables al hacerse la discusión en la Cámara.

Por estas razones creo que sancionar el proyecto significa realizar obra buena, de provechosos resultados prácticos.

A. A. Aguirre

De D. José Bacigaluppi, presidente de la Federación Comercial de Football.

Contadísimas son las iniciativas parlamentarias que han tenido la virtud, por mérito propio, de captarse la simpatía y apoyo entusiasta del pueblo, sin distinción de matices políticos.

En ese número privilegiado se cuenta el proyecto que en primer término firma el doctor Rodolfo Moreno (hijo), relativo a la creación de la "Asociación Nacional de Educación Física" y ello justifica su excelencia.

No quiere decir esto que él sea perfecto en su fondo y en su forma. No.

En su forma adolece de graves errores, lo cual fácilmente se subsanará con el valioso aporte de la comisión que para tal objeto se ha constituído, a raíz de la asamblea realizada en el Club de Gimnasia y Esgrima, por representantes de las principales instituciones deportivas del país.



Señor José Bacigaluppi.



—¡Lindo no más! Me hace acordar a los belgas...

Esta comisión, constituída por verdaderos técnicos en materia deportiva; con destacada actuación directriz, cada uno en su especialidad, constituye una garantía de que las cosas se harán perfectamente de acuerdo a las necesidades generales.

El autor del proyecto, en su argumentación, manifiesta que éste tiende a "que los deportes se difundan y penetren profundamente en nuestro medio, haciendo de la cultura física una necesidad y un hábito en todos los habitantes del país".

Bajo este punto de vista, ¿quién negará su apoyo incondicional a esta obra? ¡No cooperar a su realización, es demostrar ignorancia del valor de los deportes, y ello es inadmisible en este país y en este siglo!...

En primer término, es necesario que el Estado preste al asunto la atención debida, porque: "Fomentar los ejercicios físicos equivale a formar ciudadanos, es decir, cimentar la patria sobre las bases más seguras y duraderas!"...

Bienvenida pues, la Asociación Nacional de Educación Física".

J. Bacigaluppi

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 8.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre. . „ 6.00
Año . . . . . „ 9.00	Semestre „ „ 4.00	Año. . . . „ 11.00
N.º suelto. . 20 cts.		N.º suelto. . 25 cts.
N.º atrasado. 40 „	Año . . . „ „ 8.00	N.º atrasado. 50 „

Dirección y Administración: P. COLÓN. 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Para las dueñas de casa

FRUTAS ALIMENTICIAS

La más nutritiva de las frutas es la banana; contiene ázoe y azúcar, sales minerales y hasta hierro; sus materiar orgánicas asimilables se hallan en proporción de 25 por ciento. Según Humboldt y Cricheton Campbell, la banana es más nutritiva que la papa y en cierto sentido mejor que el pan; y otra opinión autorizada, la del Dr. Henri Labbé, afirma que la banana fresca es, a igualdad de peso, tan nutritiva como la carne. La banana seca, que se consume mucho en los Estados Unidos, proporciona al organismo alimento equivalente a 285 calorías por cada 100 gramos.

La banana es tan digestible que los médicos aconsejan su consumo a los niños, los ancianos y los convalecientes. Por otra parte es la fruta más pura, en el sentido de que está exenta de bacterias, microbios o insectos en su interior, pues su cáscara es una envoltura impermeable para los cuerpos extraños. La banana no daña aunque sea consumida en gran cantidad, pero sólo debe ser comida cuando está completamente madura, es decir, cuando su cáscara, de un color amarillo uniforme, no presenta ninguna mancha verde.

Gran parte de las bananas que sirven para el consumo de Buenos Aires viene del Brasil y el resto de Corrientes y Paraguay. El banano es planta de clima cálido y se da muy bien en Corrientes. Su cultivo, muy fácil, puede ser extendido a otras zonas del país. El banano tiene tronco herbáceo de 2 a 4 metros de altura; durante el tiempo de mayor actividad vegetativa salen numerosos renuevos; éstos pueden ser separados de la planta madre una vez que han alcanzado una altura de 40 a 90 centímetros, para ser sembrados a distancias de 2 a 3 metros entre sí, en hoyos de medio metro de profundidad. Cada uno de esos renuevos será una nueva planta. El banano produce la primera cosecha antes de noventa días. Los frutos se producen en racimos que contienen de ochenta a doscientas bananas. Se corta los racimos antes de que lleguen a madurez, pero una vez bien desarrollados. Los frutos verdes continúan madurando separados de la planta y al cabo de tres semanas adquieren el color amarillo que indica madurez.

LA CARNE DE BALLENA

En el menú de algunos restaurants de Berlín y de Hamburgo ha figurado últimamente la carne de foca, importada de los países escandinavos y ofrecida a los consumidores con el nombre de "carnero de mar". Del empleo de la carne de foca en la alimentación a la ballena no hay más que un paso. Veremos con qué nombre la servirán; porque es indudable que la carne del enorme cetáceo será considerada pronto como artículo de consumo. Ya en los Estados Unidos un funcionario oficial, Mr. Williams, que pertenece al departamento de control de las subsistencias, hace una activa propaganda para que se emplee la carne de ballena en la alimentación. En realidad, no hay motivo para rehusarla.

Los esquimales, como es sabido, la tienen por uno de sus principales recursos alimenticios, y la consumen fresca o como charque; la conservan haciéndola ahumar. Además, los esquimales, como los pescadores de ballenas de todos los países marítimos, extraen las grasas de la ballena, no para fines industriales como éstos últimos, sino para comerla a la manera como nosotros comemos la manteca. Lo que no es de extrañar dado que los esquimales sienten verdadera voracidad por todas las substancias grasas y son para ellos postre exquisito las velas de sebo que les regalan los exploradores.

Un humorista francés, Allais, propuso cierta vez el establecimiento de un "tambo de ballenas". La ocurrencia es ciertamente cómica, pero no irrealizable. La leche de la ballena es de sabor agradable y puede ser consumida por el hombre. Diffenbach, que la probó en varias ocasiones, afirma que apenas se la distingue de la de vaca.



El padre. — Cuando yo era chico, mi madre no nos daba más que pan y jamón; nunca probábamos la manteca.
El hijo. — ¿De manera que estás contento de vivir con nosotros, papá?



Combatiendo la herencia.

PASTEL DE AVELLANAS

Este pastel es muy delicado y fácil de hacerse. Un litro de avellanas que será como 300 gramos cuando estén molidas. Pélense y pónganse con agua hirviendo por 5 minutos, luego quíteseles la piel. Déjense cocer hasta que estén bien tiernas; aplástense en pequeñas cantidades de manera que se enfríen, y mézclense con 60 gramos de azúcar pulverizado y 60 gramos de manteca derretida. Póngase esto en un molde grande en un lugar fresco por un día. Sáquese del molde colocando un cuchillo entre las orillas del molde y la pasta; vuélvasele sobre una fuente y espárzasele encima la siguiente mezcla: una tablilla de chocolate derretida en un poquito de agua, 9 cucharadas de azúcar y un terrón de manteca del tamaño de una nuez moscada. Este pastel se puede hacer con cinco o seis días de anticipación; queda muy sabroso con crema batida vertida al rededor.

CONEJO A LA MARENGO

Después de limpio, se corta en pedazos, que se ponen en una cacerola con aceite, sal, pimienta, ajos, unas hojas de laurel, nuez moscada en polvo, y se cuece con fuego lento debajo y encima durante un cuarto de hora. Quítese la mitad del aceite y agréguense setas, perejil picado y sepárense el laurel y los ajos. Espésese la salsa con manteca frita y harina, el jugo de un limón y sírvase.



Notas femeninas

La mezcla de dos tejidos diferentes, o mejor dicho, una combinación de dos tejidos y colores o dibujos diferentes, viene a ser la novedad típica de esta nueva estación, que recién empieza. Esta misma disposición, sobre tricots de lana o de seda, la hemos visto, pero no dieron todo lo que se esperaba de ella. Sin embargo, si os recordáis un poco, veréis que en una época no muy lejana, esta misma combinación de dos tonos diferentes la vimos sobre toilettes de sarga y de seda.

Este nuevo tejido, ya fabricado ex profeso, no se vé nada más que en géneros a rayas Para el cheviot y la muselina chiffon, la seda y la sarga, la combinación es entonces postiza y la disimula generalmente un bordado de oro mate, gruesas pasamanerías o cordones de seda, más o menos finos.







En todo caso, queridas lectoras, es bien raro ver un traje, hoy al día, que no se componga de un género liso combinado con otro a cuadros o bordados. En fin, para que os deis una pequeña idea de lo que son, encontraréis en nuestros modelos de esta crónica una combinación de rayas en tonos azul y blanco para la falda y el cuerpo en crespón azul liso, adornado con bordados en forma de triángulos y de seda amarilla.

El cuerpo se anuda atrás con caídas largas y bordados a las extremidades. El conjunto es bellísimo y las combinaciones para hacerlo son innumerables.

Se habla mucho de blusas y de "gilets" blusas, pero creo yo que ninguno de ellos tendrá el tradicional "succés" de las antiguas blusas de crêpe de Chine, lavables, abiertas en forma de chal y cerradas por medio de un bróche fino, con su puño dado vuelta, abotonado como los de los hombres por medio de gemelos.

Pero también las diré que no importa se trate de los sacos tailleurs o de los trajes de tricots y toilettes de sarga de una sola pieza, los escotes son todos, o casi todos, iguales, es decir, muy escotados, como asimismo atrás, en la espalda. Por esta misma razón se ha hecho necesario usar una "guimpe" o una blusa para no ir demasiado desnuda, sabre todo cuando se trata de un traje de tricot de seda, que por su mismo peso tira atrás el traje, exagerando el escote.

Esta "guimpe" figura exactamente el alto de una blusa lisa, y sólo las mangas tienen abajo un volado doble de tul de hilo o de seda.

También se habla de la vuelta de los cuellos altos, que se ven en las "guimpes" descriptas más arriba; eso sí, son ligeros y transparentes, envolviendo el cuello muy discretamente, que casi no se les ve a cierta distancia. Pero creo que es un soberano disparate, tratándose de una moda incómoda para el riguroso estío que aquí tenemos, y estoy segura que las que tienen un lindo escote, y ellas forman legiones, no adoptarán esta moda. Dejémosla para el invierno o para las personas delicadas que por razones naturales, necesitan abrigarse no importa sea la estación que sea. No olvidaros nunca, mis queridas lectoras, de usar cada cosa en su tiempo y tener por ridículo esas especies de exageraciones locas, que tiendes a convergir en un solo punto con detrimento de los demás.

El "gilet" de moda es otro de los puntos sobre el cual quiero llamaros también la atención. Se están vulgarizando de un modo tal, que se necesita toda la elegancia y el chic de una verdadera elegante para no caer en lo ordinario.

Parece que no se hubiera podido crear más que sólo un modelo, el que se reproduce hasta la saciedad, y francamente resultan aburridores.

Por mi parte, quisiera otra variedad, algo que cambiara del dichoso "gilet" de piqué blanco, o del de jersey, cortados siempre sobre el mismo patrón. Algo así, queridas y elegantes lectoras, que fuera vuestro y personal. Si tenéis en vuestras reservas géneros antiguos, bellas sedas multicolores, chinescas, brocados lamés, sedas a rayas de raso y terciopelo, sería la oportunidad de hacer con ellas "gilets" que harían el encanto de más de una, si fueran las dichosas poseedoras de estos lujosos primores. Por hoy basta, y pronto seguiremos este interesante capítulo.

Además del modelo explicado más arriba, va incluído un lindo traje de "soirée", que se compone de un "fourreau" de satin negro, con una túnica de tul negro. El cuerpo escotado en cuadrado, no tiene mangas y va velado por una echarpe en tissu de oro que está prendido de un hombro, envolviendo el cuerpo, para caer a un costado un poco más bajo que el ruedo de la falda. Termina por un alto fleco de perlas.

El otro modelo es una toilette de interior, en tul negro, adornado con azabache negro en la orilla. El delantal es en "broché" amarillo y velado con tul negro.

A. de DAUMONT.

Modo de lavar los encajes para que queden como nuevos.—Adquiérase cincuenta centavos de ácido oxálico y disuélvase en uno y medio litros de agua, y con esta solución frótese el encaje hasta que se le hayan quitado todas las manchas que pueda tener. Después de haber usado la solución, aclárese el encaje en agua clara para evitar que el ácido ataque el tejido. Hecho esto, el encaje está listo para ser lavado; antes de proceder a ello, prepárese una solución de jabón blando en agua hirviendo y entonces se le añade un poco de almidón; en esta solución, un poco caliente, se pone el encaje frotándolo y escurriéndolo con cuidado, hasta que toda la suciedad haya desaparecido, y a continuación se aclara con agua corriente.

Tratándose de encaje irlandés no conviene almidonarlo porque adquiere mucha rigidez, pero puede ponerse una cucharada de azúcar en el agua del lavado, con lo que se obtiene los mismos resultados que con el almidón, pero más atenuados.

Después de bien lavado el encaje, se cuelga a secar, y sin dar lugar a que se seque por completo, se plancha con el revés hacia arriba, fijándolo con alfileres a la mesa de planchar. Luego se le cubre con un paño y se vuelve a planchar por encima con una plancha bien caliente; de este modo el encaje quedará tan limpio y terso como nuevo.

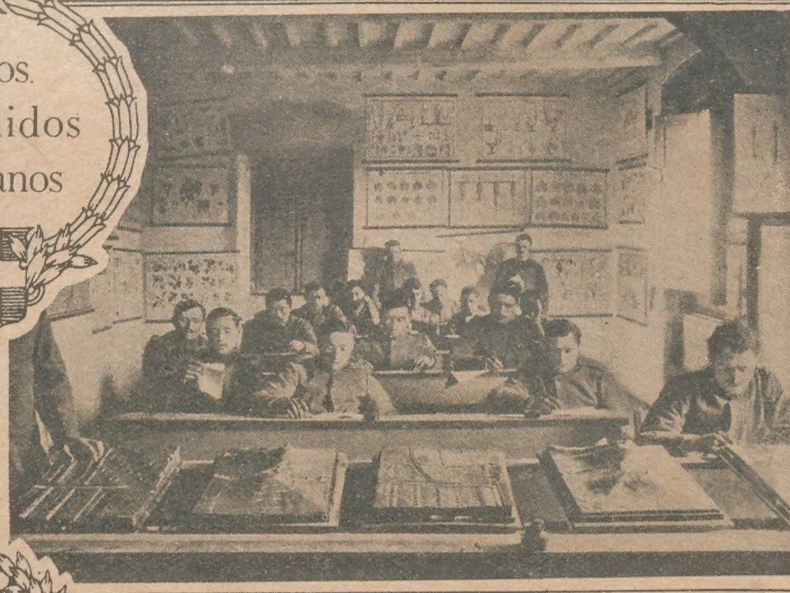
Para quitar las manchas de tinta. — Las manchas de tinta en la ropa blanca, pueden hacerse desaparecer humedeciendo con leche los sitios manchados. Cúbrase después con sal común, frótese con una raja de limón, y lávese la tela.



Los inválidos italianos



La Cruz Roja ha establecido una granja donde aprenden a realizar faenas agrícolas soldados que tienen brazos o piernas artificiales.



Se ha fundado también, para los inválidos, una escuela de agricultura muy bien provista con modelos de yeso de predios trabajados.



La fabricación de sillas ordinarias es otra industria que se enseña a los soldados que a causa de heridas recibidas en la guerra no podrán reanudar sus ocupaciones habituales.



También se ha establecido una clase de enseñanza industrial, donde los inválidos aprenden a confeccionar botines y zuecos, sin emplear en dichos trabajos maquinaria de ninguna clase.



Estos se dedicarán sin duda al cultivo de viñedos. La Cruz Roja ha organizado cursos de viticultura.



Los inválidos que conservan el uso de ambas manos aprenden rápidamente a tejer cestos.

LA GIOCONDA

Nunca es tarde para hablar de ella. No se ha olvidado, sin duda, la emoción que causó en todos los círculos artísticos la noticia de la desaparición del Museo del Louvre de la famosa tela de Leonardo de Vinci. ¡Cuántas hipótesis novelescas circularon en aquella ocasión! La verdad fué simplemente ésta: un pintor italiano, Vicente Peruggia, creyendo que esa obra maestra había sido sacada de Italia por los soldados franceses —cuando en realidad fué adquirida muy lealmente por Francisco I,— resolvió restituir el cuadro a su patria, y un día, aprovechando de una distracción de los guardianes, descolgó el cuadro, lo sacó del Museo y se lo llevó a Florencia.

Pero no es posible tener oculta por mucho tiempo una obra robada y de reputación universal. Peruggia inició gestiones para vender "La Gioconda" a un anticuario de Florencia llamado Alfredo Geri, quien lo denunció a la policía y logró que el cuadro fuera devuelto a Francia.

La Sociedad de Amigos del Louvre ofreció a Geri la suma de 25.000 francos que había prometido a quien hallara el cuadro.

Ahora, al cabo de cinco años, el anticuario estima que esa recompensa es insuficiente, y apoyándose en una cláusula del Código Civil Italiano, que concede al "ritrovatore" de un objeto mobiliario perdido el 10 por ciento de su valor si ésto es menos de 200 liras y de 20 por ciento si pasa de esa suma, reclama una recompensa no menor de 100.000 francos.

La "fuga" de la Gioconda no es el único caso de desaparición de obras de arte muy valiosas ocurrido en el Louvre. La primera desaparición fué la de una estatua de Osiris que existía en la sección egipcia del Museo: la hallaron algunas semanas después en la vidriera de un comerciante en antigüedades establecido en París. Desapareció más tarde otra estatuita de Osiris, de yeso, que fué a dar a manos de un vendedor ambulante de chucherías, el cual la devolvió. En otra ocasión los ladrones se llevaron todo el contenido de una vitrina del primer piso del Museo. En 1906 se ausentó una estatuita de Isis, y, por último, un retrato de Etienne Aubry, tan misteriosamente que ni siquiera se sabe la fecha en que desapareció.

Sabiduría árabe

Cuando el simún levanta una arista del suelo, nadie sabe adónde la arista irá a parar. Cuando un hombre confía a la mujer un secreto, no puede saber a qué oídos llegará el secreto.

Omar ben Usein, uno de los varones más justos que acataron los preceptos del Koran, uno de los guerreros más valientes que ciñeron cimitarra, el jinete más hábil e incansable que apretó los flancos de una yegua de la tribu de Koreichi, tuvo, sin embargo, una debilidad en su vida. Enamorado perdidamente, cuando era muy joven, de una mujer que vivía cerca de su propia morada, no sabiendo cómo obtenerla, pues Hassan ben Luid no quería venderla, un día la robó, hiriendo a Hassan, matando a dos de sus más fieles servidores. La fechoría se achacó a unos beduinos y nadie molestó a Omar ben Usein.

Pero un día, enamorado de su esclava Leilah, confesóle su maldad, sin saber por qué, quizá obedeciendo a los mandatos de Eblis, que tienta a los hombres para perderlos. Y Leilah, que amaba a Omar como sólo debe amarse a Allah—¡bendito sea su nombre!—sintió celos, celos que le roían el alma, celos de aquella esclava que ya no vivía, pero que había poseído todo el amor de su dueño. Y como, cuando una mujer está celosa parece poseída por las furias que no perdonan, Leilah contó a Hassan cuanto Omar le había dicho, y Omar murió a la noche, atravesado el corazón por un yatagán de azulada hoja.

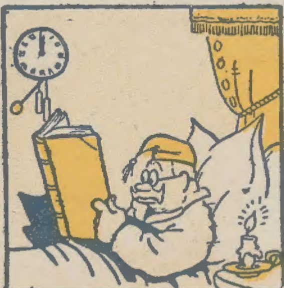
Cuando sopla el simún, la arista que levanta no se sabe adónde irá a caer; cuando confías un secreto a una mujer, cuida de que ese secreto no cause tu perdición.



EL SUEÑO DE DON TUDESCO. CUENTO SUBLIME Y GROTESCO


Don Tudesco era panzudo
Laborioso y testarudo.


Falto de aptitud artistica
Se dedicó a la estadistica.


Estudiaba noche y dia
Libros de filosofia.


Hasta que adquirió en el mundo
Fama de sabio profundo.


Y entre tanto libro grueso
Llegósele a binchar el seso.


A todo el mundo desprecia
Con soberbia ciega y necia.


El francés degenerado
Es un pigmeo a su lado.


El inglés es un tendero
Hipócrita y embustero.


El ruso un oso salvaje
Solo europeo en el traje.

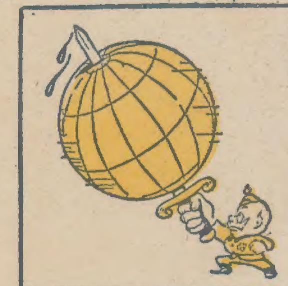

El japonés es un mico
Feo, falso, sucio y chico.

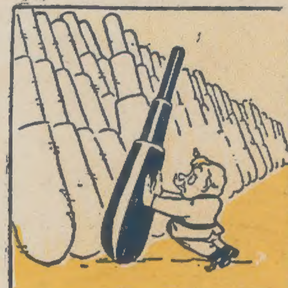

El italiano un tenor
Vanidoso y hablador.

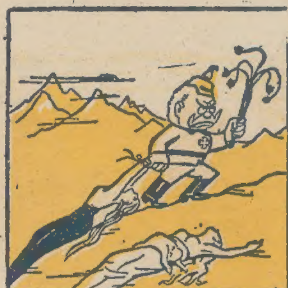

El español decadente
Es un torero indolente.


Y solo es digno el teuton
De loa y admiracion.

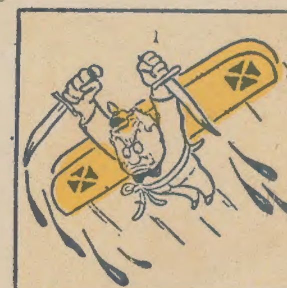

Un delirio de grandeza
Siente hervir en su cabeza

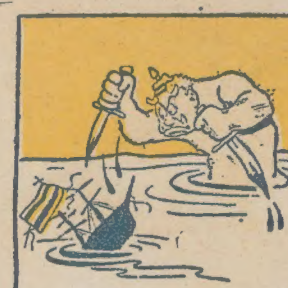

Imponer de Norte a Sur
La teutónica Kultur.


En ausencia de argumentos
Va acumulando armamentos.


Y para hacerse la mano
Maltrata a los alsacianos.


Prepara sus fechorias
Sembrando el mundo de espias.


Viola la ley de guerra
Del aire. . . . .

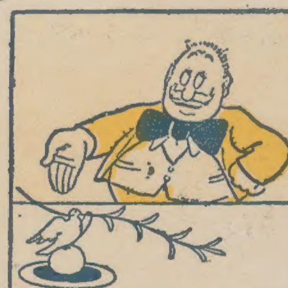

. . . . el mar


. . . . . . y la tierra.


Sus inhumanas acciones,
Indignan a las naciones.

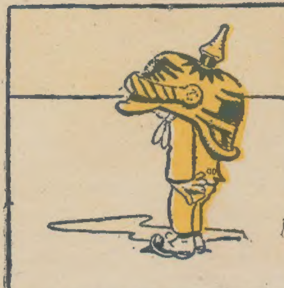

Y la humanidad entera
Se liga contra la fiera.


De la derrota el abismo
Le convierte al pacifismo.


Brinda generosamente
La Paz inmediatamente.


Mas el mundo le contesta
Que aun tiene hinchada la testa.


Se le va curando el seso
Con derrota y pan sin queso.


Nota un dia con asombro
Que el casco le llega al hombro.


Y lejos de sí lo envia
Para ver la luz del dia.


Y el mundo al verle normal
Le da perdon general.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



María Mac Alister, nacida en Los Angeles, que tiene siete años y desde hace tres es favorita del público de los cinematógrafos. Procede de una familia de actores y es una buena actriz de rara inteligencia; habla tres idiomas.